

9108

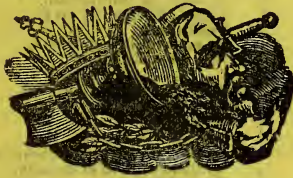
# EL TEATRO.

COLECCION  
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.



LA PROVIDENCIA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.

1863.

# CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antesala.  
Abelardo y Eloisa.  
Abnegacion y nobleza.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar despues de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
A falta de pan...  
Artículo por artículo.

Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heroico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Barómetro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.  
Cañizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
¡Como se empenhe un marido!  
Con razon y sin razon.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres políticas.  
Contrastes.  
Catilina.  
Carlos IX y los Hugonotes.  
Carnoli.

Dos sobrinos contra un tío.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Los artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está local!  
En mangas de camisa.  
El que no cae... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El glántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el miriñaque.  
¡Es una malva  
Echar por el atajo

El clavo de los maridos.  
El oncenno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un angel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Garcia.  
El afan de tener novio.  
El juicio público.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.

El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada día.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes  
El ciego.  
El protegido de las nubes  
El marqués y el marquesito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español á las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.  
¡El autor! ¡El autor!

Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.  
Genio y figura.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Médeicis.  
Ilusiones de la vida.  
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.  
Juan sin Tierra.  
Juan sin pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon  
Lo mejor de los dados...  
Los dos sargentos español  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un casero  
La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis.  
La posdata de una carta.  
La mosquita muerta.  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapatero.  
Los quid pro quos.  
La Torre de Lóndres.  
Los amantes de Teruel.  
La verdad en el espejo.  
La banda de la Condesa.  
La esposa de Sancho el Br  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitana de Madrid.  
La Madre de San Fernan  
Las flores de Don Juan.  
Las apariencias.  
Las guerras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia  
La Archiduquesita.  
La escuela de los amigos  
La escuela de los perdid  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Carl  
La ninfa Iris.  
La dicha en el bien ajeno  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Eas dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla (a  
La calle de la Montera.  
Los pecados de los padre  
Los infieles.  
Los moros del Riff.  
La segunda cenicienta.  
La peor cuña.  
La choza del almadreño.  
Los patriotas.  
Los lazos del vicio.  
Los molinos de viento.  
La agenda de Correlargo  
La cruz de oro.  
La caja del regimiento.  
La planta exótica.  
Los nueve hijos.  
Las sisas de mi mujer.  
Mi mamá.  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrina.  
Martin Zurbano.

LA PROVIDENCIA.

**LA PROVIDENCIA.**



Digitized by the Internet Archive  
in 2013

# LA PROVIDENCIA,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JACINTO LABAILA.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe la noche  
del 14 de Abril de 1863, á beneficio de D. Juan Casañer.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1863.

PERSONAS.

ACTORES.

---

MARIA.....	SRAS. ALVAREZ.
CLEMENCIA.....	MUÑOZ.
ENRIQUETA.....	TENORIO.
BLASA.....	FERNANDEZ.
EL CONDE DEL VALLE....	SRES. PIZARROSO.
ROBERTO.....	CASAÑER.
ENRIQUE.....	PASTRANA.
RAMON.....	RODRIGUEZ.

---

Madrid. Epoca, actual.—Estacion, verano.

---

Por obsequio al beneficiado y al autor Doña Adela Alvarez se encargó del papel de Maria.

---

Á LAS EMPRESAS DE PROVINCIAS.

El autor suplica á los directores de escena que, para el mayor brillo de la obra, confien el papel de *Maria* á una actriz de facultades, imitando el loable ejemplo de la excelente primera dama Doña Adela Alvarez, que lo ha desempeñado en Madrid.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada **EL TEATRO**, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

## À PEPE IRANZO.

Querido Pepe: Al frente del primer drama que he representado en los teatros de Madrid quiero que vaya el nombre del primero de mis amigos; por eso pongo el tuyo.

Como recuerdo cariñoso de la fraternal amistad que nos une hace mas de veinte años, te lo dedica

*Jacinto.*

Madrid 20 de Abril de 1863.







---

## ACTO PRIMERO.

---

El teatro representa una sala lujosamente adornada en casa del Conde del Valle. Puertas laterales y al foro. La de la derecha, conduce á la habitacion de Clemencia; la de la izquierda, á la del Conde. Un velador en medio de la sala: reloj de sobremesa, butacas, etc.

### ESCENA PRIMERA.

RAMON, BLASA.

Blasa sale de la habitacion de Clemencia, Ramon por el foro.

BLASA. ¿Ya se ha marchado el doctor?

RAMON. Ahora se marcha.

BLASA. ¿Y qué opina?

RAMON. Que no encuentra medicina para curar el dolor: estas son sus expresiones.

BLASA. Si eso dice, dice bien, porque opino yo tambien...

RAMON. ¿Tambien tienes opiniones?...

BLASA. ¿No he de tener, Ramon? Yo, ¿no estoy siendo su enfermera? ¿Duermo una noche siquiera lejos de su cama?

RAMON. No.

BLASA. ¿Todo cuanto á ella le pasa,  
al punto no me lo cuenta?  
¿Soy doncella y confidenta,  
ó no?

RAMON. Tienes razon, Blasa.

BLASA. Por eso puedo opinar...  
Estoy en los pormenores...  
Todo lo de sus amores  
me lo quiere confiar.

RAMON. Mal pleito lleva; la olvida  
don Enrique.

BLASA. Ya lo sé;  
la señorita lo vé,  
y esto la tiene abatida  
y enferma. ¡Tanto ha sufrido  
por él!

RAMON. Es muy desgraciada.

BLASA. ¡Está tan enamorada,  
tanto!...

RAMON. Trabajo perdido.

BLASA. ¡Qué quieres!

RAMON. ¿Ya le pasó  
el último ataque?

BLASA. Si.

RAMON. ¿Está aun en la cama?

BLASA. Allí  
está.

RAMON. ¿Aun atacada?

BLASA. No.

RAMON. ¡Si ahora viviera su madre,  
que la tenia un cariño!...

BLASA. ¿La conociste?

RAMON. De niño...

Aun era jóven su padre;  
yo sirvo ya en esta casa  
mucho tiempo...

BLASA. Ya lo sé.

RAMON. He entrado aqui con buen pié.

BLASA. Y yo.

RAMON. No lo ignoro, Blasa;  
es buen amo.

BLASA. Si, Ramon;

- bueno lo hemos escogido.  
¡Pero cómo ha envejecido!  
¡Si parece un setenton!
- RAMON. ¡Y está mucho mas adusto!
- BLASA. El señor Conde padece  
y, es natural, se envejece  
pronto con tanto disgusto.
- RAMON. Asi tambien me lo explico.  
El rico tiene á millares  
los disgustos, los pesares,  
y... no se puede ser rico.
- BLASA. ¡Eh! ¡música celestial!
- RAMON. Un encargo se me olvida  
del señor Conde... ¡por vida!  
¡qué memoria tan fatal!  
Adios.—Si puedes, evita  
enriquecerte.
- BLASA. Si, si,  
no lo he de evitar...
- RAMON. Aqui  
tienes ya á la señorita.

## ESCENA II.

CLEMENCIA, BLASA.

Clemencia sale pálida y débil, pero con fortaleza de espíritu, vá á sentarse en una butaca, y Blasa sale á su encuentro y la ayuda.

- BLASA. ¡Levantada!...
- CLEM. Me ha pasado  
el síncope, estoy mejor.  
Vuelvo ya á tener color,  
y el pulso no está alterado.  
En el lecho me aburria  
en vez de encontrar reposo;  
¡mi cuarto es tan caloroso!
- BLASA. ¡Mucho mas me cuidaria  
si como usted estuviera!
- CLEM. Si, tú estarias exánime.  
¡Como eres tan pusilánime!  
Mas yo soy de otra manera.

BLASA. No haga usted caso, y verá.  
Si su enfermedad descuida,  
pondrá en peligro su vida.

CLEM. La vida siempre lo está.  
Con débil naturaleza  
he nacido y enfermiza,  
mi existencia se desliza  
con vacilante torpeza,  
sufro un eterno combate;  
para lucha tan penosa  
tengo un alma valerosa,  
un alma que nada abate,  
y nunca pierdo la calma;  
á mi débil complexion  
vence con obstinacion  
la fortaleza del alma.

BLASA. Sin embargo, señorita,  
usted podia aliviarse,  
y es mas, debia curarse,  
puede usted, y lo necesita.

CLEM. ¡Yo, Blasa! Mi enfermedad  
no la cura ciencia humana,  
no es física, no, dimana  
de otro origen.

BLASA. Es verdad.  
No es necesario que explique  
que nace de los dolores  
que á usted causan los amores  
con el señorito Enrique.

CLEM. ¡Eso te figuras!

BLASA. Si.

CLEM. ¿Qué sabes tú?

BLASA. Lo colijo.

El facultativo dijo,  
y con atencion lo oí,  
que han creado su dolencia  
sinsabores contumaces,  
causándole esos tenaces  
desmayos con tal frecuencia.  
Yo me fio del doctor  
si el mal de las penas viene,  
usted otras penas no tiene

que las penas del amor.

CLEM. Mi enfermedad no deploras.  
¿Nació de amorosas penas?  
Pues hoy rompo las cadenas  
de mis fatales amores.

BLASA. ¿Si?

CLEM. Te lo quiero decir,  
y que es un secreto advierte,  
no es el temor á la muerte  
lo que me hace desistir.  
Es que mi orgullo se hiere  
con los desaires de Enrique,  
es... ¿qué quieres que te explique?  
es... que él... ya no me quiere.  
Veo que de día en día  
me tiene mas olvidada;  
veo que ya su mirada  
no se encuentra con la mia.  
Pocos ratos pasa ya  
aqui; de venir se abstiene;  
casi siempre triste viene,  
y siempre triste se vá.  
Hasta á mi mismo dolor  
su larga ausencia hace agravios.  
¡Ya no acentúan sus labios  
la sonrisa del amor!

BLASA. Mucho tiempo lo presumo,  
señorita, y no me pasma...

CLEM. Su amor ha sido un fantasma  
que se desvanece en humo. (Dan las siete.)  
Las siete ya, y no ha venido.  
Verle tampoco deseo.  
¡Dos dias que no le veo!  
¡Dos dias han transcurrido!  
Mas no puedo tolerar...

BLASA. No lo debe usted sufrir...

CLEM. Con él voy á concluir.  
Como amante no ha de entrar  
nunca ya en mi habitacion.  
Esto voy á prohibirle.  
¡Si pudiera despedirle  
tambien de mi corazon!

Haré un esfuerzo potente;  
para eso en mi auxilio llamo  
todo mi valor. Le amo  
cuatro años constantemente.  
Mi dignidad pide ya  
que estos amores concluya;  
¡pero mi alma tras la suya  
siempre enamorada irá!  
¡Ah! Necesito calmarme,  
y olvidando sus agravios,  
con la sonrisa en los labios  
reñir con él y matarme. (Llora.)

BLASA. Que no vea que usted llora.

CLEM. No, Blasa, no lo verá.

Tranquila me encontrará  
aunque me encontrara ahora.

Mi orgullo me dá valor.

BLASA. Luego le irá usted olvidando.

CLEM. Si, Blasa; el tiempo pasando.

(No sabe lo que es amor.)

### ESCENA III.

DICHAS, ENRIQUE, con un ramo.

BLASA. En nombrando al ruin de Roma...  
Cólmele usted de reproches.

ENRIQUE. Clemencia, muy buenas noches.

CLEM. Bien venido, Enrique.

ENRIQUE. (Ofreciéndote el ramo.) Toma.

CLEM. To te agradezco esas flores;

has venido muy galante;

(Rechazándolo.)

pero, Enrique, en este instante  
me trastornan los olores.

Vete.

(Se vá Blasa á la indicacion de Clemencia.)

ENRIQUE. (Ella misma dá pié;

Me alegre.) ¿Estás disgustada?

CLEM. ¿Yo? ¿Por qué?

ENRIQUE. ¿Estás delicada?

CLEM. Tú dirás... (Con intencion.)

ENRIQUE. Yo no lo sé.

CLEM. ¿Qué quieres que esto me pruebe?

Que ingrato eres con exceso,  
que yo ya no te intereso,  
que nada en mí te conmueve.  
Para que luego blasones  
de amante fiel que no has sido,  
sabe que anoche he tenido  
violentas palpitaciones.

ENRIQUE. Nada sabia.

CLEM. Pues bien,  
no saberlo es tu delito.

ENRIQUE. Clemencia, ya estoy contrito  
y arrepentido también.

En prueba de amante oculto  
permite que te dedique...  
(Volviéndole á ofrecer el ramo.)

CLEM. No admito jamás, Enrique,  
tras de la falta el insulto.

ENRIQUE. ¡No te comprendo!...

CLEM. Que abone

tu ruin conducta apetece,  
y ahora ese ramo me ofreces  
para que yo te perdone.  
¡Mi perdon! No has de obtenerlo;  
que si tú lo apeteieras,  
no á sobornarme vinieras,  
procuraras merecerlo.

ENRIQUE. No sé cómo.

CLEM. Y estudiar

cómo no deseas.

ENRIQUE. Si...

CLEM. Nada sientes ya por mí,  
¿cómo lo has de procurar?

ENRIQUE. Yo...

CLEM. Pues no logro que vibre  
en tu alma, al amor ajena,  
mi pasión, que es tu cadena,  
la rompo al fin... ¡ya eres libre!  
(Haciendo un visible esfuerzo.)

ENRIQUE. No es cadena...

CLEM. Basta ya.



Tu amiga... soy desde ahora.

(Clemencia, al marchar, llora, y al sacar el pañuelo Enrique lo observa.)

(No me ama ya.)

ENRIQUE. ¡Llora!... ¡Llora!...

CLEM. (¡Ingrato! me matará.) (Se vá á su habitacion.)

## ESCENA IV.

ENRIQUE.

Siento que Clemencia me ame  
no pudiéndola querer.

¡Y yo la causa he de ser  
por la que llanto derrame!

¡Llorando la ví salir,  
á ella, que es tan orgullosa!

No puede hacer otra cosa.

No sé, no quiero mentir.

Veo brillar otra estrella  
en el cielo de mi vida,

y mi alma desvanecida  
piensa en ella, solo en ella.

Este amor es tempestad;

huyo de su remolino;

mas su ciego torbellino

arrastra mi voluntad.

Como ella, nadie, ninguna

me ofrece encanto mayor;

y aunque es muy pobre, ¡el amor  
se rie de la fortuna!

Voy á verla; la diré  
que ya sin rival está,  
que soy libre; me amará

y venturoso seré. (Vá á marchar.)

ESCENA V.

DICHO, ROBERTO.

Al salir Enrique por la puerta del foro, tropieza con Roberto que entra y le detiene.

ROB. ¿Adónde corres?

ENRIQUE. ¿Roberto?

ROB. Tengo que hablarte.

ENRIQUE. Pues habla  
y sé breve.

ROB. Ten paciencia;  
gastaré pocas palabras.  
¿Crees que yo soy tu amigo?  
¿Desde la fecha que data  
nuestra amistad, no te he dado  
de mi afecto pruebas varias?

ENRIQUE. Muchas. Eres buen amigo;  
pero ese exordio me pasma.  
Di... ¿qué quieres?

ROB. ¿Me autoriza  
mi amistad antigua y franca  
para ser contigo ingénuo,  
Enrique?

ENRIQUE. ¡Quién lo dudará!

ROB. Pues hablando con el tono  
que á mi carácter se adapta,  
te digo que tu conducta  
torcida me desagrada,  
y en tí, que eres tan honrado,  
sobremanera me extraña.

ENRIQUE. No hay mancilla en mi conducta,  
no hay en mi vida una mancha.

ROB. Galanteas á Clemencia  
como á Enriqueta, y te halaga  
entretener dos mujeres  
que con ceguedad te aman,  
y juegas con su cariño  
y te divierten sus lágrimas.

ENRIQUE. Eso no es verdad, Roberto,

y voy á abrirte mi alma  
para que leas en ella  
sus mas escondidas páginas.  
Fué la primera mujer  
que al salir yo de la infancia  
brilló á mi vista, Clemencia.  
Conocia que llegaba  
á un período de la vida  
nuevo para mí; mi alma,  
rebosando de cariño,  
verterse necesitaba  
en otra, y formar el grupo  
que felicidad se llama;  
ese grupo que componen  
cuando se adoran dos almas.  
De mi cariño á Clemencia  
como... el que sediento se halla  
y bebe en el primer vaso  
que vé, sin mirar al agua.  
Mas cuando ví otras mujeres,  
cuando pude compararlas,  
perdí el amor á Clemencia,  
me convencí, por desgracia,  
que su alma pura no era  
le gemela de mi alma.  
Ví á Enriqueta y conocí  
cuán alucinado estaba:  
cuando ví la luz del sol  
la de la luna hallé opaca.  
Amé á Enriqueta.

ROB. Á las dos.

ENRIQUE. No.

ROB. Si á Clemencia no amaras  
concluyeras tus amores;  
tu lealtad lo reclamaba.

ENRIQUE. Ahora los he terminado.

ROB. ¿Si?

ENRIQUE. Y á pesar de sus lágrimas,  
si fingir querido hubiera  
fácilmente la engañara.

ROB. Me reconcilia contigo  
tu digna conducta.

- ENRIQUE. Honrada  
como siempre.
- ROB. Dime ahora: ¿amas  
á Enriqueta? ¿La amas,  
ó es un devaneo?
- ENRIQUE. La amo,  
y con pasion insensata.
- ROB. ¿Sabes que es pobre?
- ENRIQUE. Lo sé.
- ROB. ¿Que ella con sus manos gana  
su sustento, que es muy pobre,  
nacida en la clase baja,  
sin padre, sin otra dote  
que la pureza del alma?
- ENRIQUE. Nada ignoro desde el dia  
que me llevaste á su casa.
- ROB. Sabiéndolo todo, ¿insistes  
en quererla?
- ENRIQUE. Si.
- ROB. ¿Y rayan  
tu pasion ó tu capricho  
tan altos, que aunque os separa  
un abismo tú te atreves  
á salvar esa distancia,  
y á la faz del mundo entero  
conducirla al pié del ara?
- ENRIQUE. Será mi esposa Enriqueta  
si me corresponde.
- ROB. Te ama.
- ENRIQUE. Roberto, ¿es verdad?
- ROB. Lo sabes  
como yo, ¿por qué te pasmas?
- ENRIQUE. Su labio no me lo ha dicho,  
pero me ha dado esperanza.
- ROB. Sabes que es tuyo su amor,  
mas ¡ay de tí si la engañas!  
Si es tu amor un devaneo,  
si no tienes confianza  
en tu pasion, aun es tiempo;  
desiste.
- ENRIQUE. Nunca.
- ROB. No hagas

que contra tí se convierta  
mi amistad: si con audacia  
tú la requieres de amores  
para en seguida olvidarla,  
ya sabes que soy muy diestro  
en el juego de las armas,  
y que donde pongo el ojo  
sé tambien poner la bala,  
y me batiré contigo  
y morirás.

ENRIQUE.

Amenaza

que yo extraño y que á mi vez  
quiero que me expliques: habla.  
¿Por Enriqueta y su madre  
tú tal interés? ¿Qué causa  
á ese corazon de mármol  
hace que por algo lata?

ROB.

Es la gratitud, el único  
sentimiento de mi alma.  
Á ellas les debo la vida,  
vida que poco me halaga;  
pero se la debo. Pobres  
son y nadie las ampara  
mas que yo: de esta manera  
pago una deuda sagrada.  
¿Es tu pasion verdadera?  
Reflexiónalo con calma.

ENRIQUE.

Juro que será mi esposa;  
y voy á participarla  
que estoy libre de Clemencia;  
Vamos pues.

ROB.

Espera. (Toca un timbre.)

ENRIQUE.

¿Llamas?

ROB.

Debo al Conde una disculpa,  
y al salir quiero pagársela.

## ESCENA VI.

DICHOS, RAMON.

RAMON.

¿Llaman ustedes?

ROB.

Escucha.

- RAMON. En su gabinete aguarda  
mi señor á usted hace un rato. (Á Roberto.)
- BOB. Pronto vuelvo.
- RAMON. ¿Usted se marcha?
- BOB. Si, dile que me dispense;  
un negocio de importancia  
que me ocupará un momento  
hace que á verle no vaya  
ahora.
- RAMON. Se lo diré.
- BOB. Vamos, Enrique, á su casa. (Se van por el foro.)

### ESCENA VII.

RAMON.

Yo á cumplir mi obligacion;  
á dar al Conde la exacta  
relacion de mi espionaje.  
Muchas noticias y malas.  
Pero aqui viene. ¡Qué triste!  
¡Qué recelosa mirada!  
En un año ha envejecido  
y se ha cubierto de canas.

### ESCENA VIII.

DICHO, el CONDE: al salir el Conde pasea una mirada recelosa  
por la escena, y se sienta.

- CONDE. ¿Y mi hija?
- RAMON. En su gabinete.
- CONDE. ¡Qué opina el doctor! Di, habla  
con franqueza, soy su padre,  
por eso el doctor me engaña.
- RAMON. Dice que la señorita  
debía mudar de aguas,  
procurar vivir tranquila  
sin disgustos que la agravan  
y...
- CONDE. Cada dia mayores  
los recibe, por desgracia!

- ¿Pero su vida peligra?  
RAMON. El dice que si le atacan  
con mas frecuencia los síncope  
podrá ser...
- CONDE. ¡No hay esperanza! (Pausa corta.)  
¿Has hecho averiguaciones?
- RAMON. Las he hecho, señor.
- CONDE. Pues habla.
- RAMON. Cuando el señorito Enrique  
por la noche de aquí marcha  
dejando á ustedes, le sigo  
espiano sus pisadas,  
cumpliendo siempre fielmente  
todo cuanto usted me manda;  
y sé que todas las noches  
entra en una misma casa,  
en esta calle, muy cerca,  
y hasta ahora muy avanzada  
allí permanece, el tiempo  
gastando en sabrosa plática.
- CONDE. ¿Quién vive allí?
- RAMON. Dos modistas,  
madre é hija.
- CONDE. ¿Cómo se llaman?
- RAMON. La hija se llama Enriqueta.
- CONDE. ¿Crees que yá á enamorarla?
- RAMON. Lo creo y lo sé, me consta  
por la vecindad.
- CONDE. ¡Liviana  
murmuración será acaso!
- RAMON. No, no, es la verdad exacta.  
Yo sé quién el galanteo  
ha oído.
- CONDE. ¡Mayor desgracia!  
¿Es mas hermosa Enriqueta  
que Clemencia?
- RAMON. No la faltan  
atractivos...
- CONDE. ¡Si supiera! ..  
¿Sabes, Ramon, si es honrada?
- RAMON. Eso, señor, no lo sé.  
No dá escándalos.



CONDE. No basta  
saber eso.

RAMON. Don Roberto  
ha de saber mas, las trata  
con la intimidad mayor,  
casi allí vive, allí pasa  
dias enteros.

CONDE. ¿De veras?

RAMON. La tutea y la regala,  
y... Él es rico, jóven...

CONDE. (Con mucha intencion.) ¿Crees?...

RAMON. Yo, señor, no creo nada,  
pero...

CONDE. ¿Qué?...

RAMON. La vecindad  
tiene la lengua tan larga,  
que murmura... Usted ya sabe  
que murmurar es la sálsa  
de la conversacion.

CONDE. Bien...  
Don Roberto sin tardanza  
vendrá...

RAMON. Hace poco ha venido  
y se ha marchado.

CONDE. ¿Qué causa  
hizo que no entrara á verme?

RAMON. Díjome que se marchaba  
para volver en seguida.

CONDE. (Cuando le vea, con táctica  
prorurará averiguar.)  
Vete, y á Clemencia llama.  
(Se vá Ramon.)

## ESCENA IX.

EL CONDE.

Todo lo comprendo bien.  
Veo claro lo que pasa.  
Otro amor á Enrique abrasa,  
de esto nace su desden.  
¡Y de mi hija la salud,

el sentimiento tan casto,  
habrán de servir de pasto  
á tan negra ingratitud!...  
Enrique, tan vil empleo  
no dará á su corazon.  
No sentirá esa pasion,  
será solo un devaneo.  
Sus años, él ya no es niño,  
su posicion, su opulencia,  
prueban hasta la evidencia  
que es absurdo ese cariño.  
Pero ¡ay! la cabeza en vano  
que eso es un absurdo entiende;  
mas, ¿quién descifrar pretende  
del corazon el arcano?  
Yo, que niego esta pasion,  
yo, altanero y noble, ayer  
no adoraba á una mujer  
de muy baja condicion!  
Yo, que tengo en tanto aprecio  
el fausto deslumbrador,  
yo, no sentia un amor  
inverosímil y necio!

## ESCENA X.

DICHO, ROBERTO.

- ROB. Conde...  
CONDE. Adelante, Roberto.  
(Este sabrá...)  
ROB. Mi retardo  
dispense usted.  
CONDE. No hay por qué.  
Si yo le estuve esperando  
fué por darle cuanto antes  
las cartas para los baños  
de Vichy.  
ROB. ¿Ya estan escritas?  
CONDE. Está usted recomendado.  
Tome usted, Roberto. (Le dá las cartas.)  
ROB. (Tomándolas.) Gracias...

Mi esposa me está esperando  
en esos baños, y pronto  
deseo estar á su lado.  
Señor Conde, este favor  
pagarle impaciente aguardo,  
hombre soy agradecido,  
y en cuanto yo puedo y valgo...

CONDE. Acepto, pues, esa oferta,  
y voy con su beneplácito  
otro favor á pedirle,  
por su amistad alentado.

ROB. Pida usted, Conde.

CONDE. Roberto...  
quizás le parezca extraño  
mi proceder... otros padres  
no procedieran acaso  
como yo, las circunstancias  
me empujan, con sobresalto  
vivo; padre cariñoso,  
perspicaz, veo nublado  
el cielo de la ventura  
de mi hija, y aunque lejanos,  
oigo los truenos, y temo  
mirar descender el rayo.  
Quiero hablarle de Clemencia.

ROB. ¿Á mí?...

CONDE. Si.

ROB. Hable usted claro;  
atento le escucho.

CONDE. Mi hija,  
que nació con sino infausto,  
ha sentido por Enrique  
desde sus mas tiernos años  
un amor ciego, sin límites;  
y unidos con dulces lazos  
han sido amantes dichosos  
muchísimo tiempo entrambos.  
La salud de mi Clemencia  
mejoraba en curso rápido;  
mas vino un dia en que Enrique  
sin razon se fué cansando  
de los amores de mi hija,

y ella sufrió un desengaño  
que la afectó de tal modo,  
que su dolencia ha agravado  
hasta el punto de temer  
por su vida. Padre cauto,  
he procurado indagar  
el motivo que ha entibiado  
el amor de Enrique, y supe,  
con el mayor sobresalto,  
que otra mujer le usurpaba  
su cariño. Me han contado  
que amiga es de usted...

ROB. Es cierto.

CONDE. Que ella es pobre, que su amparo  
es usted.

ROB. Si.

CONDE. Pues saber  
deseo yo por sus labios  
si es verdadera pasión  
lo que á Enrique le ha inspirado,  
ó es un pasatiempo efímero.  
Sea usted, Roberto, franco.

ROB. Enriqueta en baja cuna  
se meció; mas sin embargo  
es muy capaz de inspirar,  
Conde, pensamientos altos.

CONDE. No lo dudo; mas deseo  
saber si los ha inspirado.

ROB. Enrique me lo juró;  
y aunque yo no soy tan cándido  
que dé crédito á las frases  
de un jóven alucinado,  
como tengo su palabra  
y sé que es formal y exacto  
en cumplirla, por ahora  
en su lealtad descanso;  
pero si engaña á Enriqueta,  
yo de vengarla me encargo.

CONDE. ¡Se toma usted un interés (Con ironia.)  
por esa jóven!... me pasmo  
de tanto cariño! ¡Deben  
unirlos estrechos lazos! (Con intencion.)

- ROB. Vínculos estrechos, Conde,  
estrechos, pero muy santos.
- CONDE. Siento que dándole ejemplo  
no quiera usted ser mas franco.  
Soy viejo y he sido jóven;  
como todos he pagado  
mi tributo á los placeres.  
Ocioso y rico, mis años  
en amantes aventuras  
ví, como usted, pasar rápidos.  
Yo de otra mujer humilde  
ligado estuve en los lazos;  
amor la juré, y los dos  
amantes horas pasamos;  
mas lo supieron mis padres,  
que tenian concertado  
mi casamiento con una  
rica heredera, y al cabo  
la abandoné por casarme,  
y la abandoné llorando.  
Que era madre supe luego.  
¿Qué hacer? Á tiempo pasado...  
son juveniles deslices...
- ROB. No, Conde; usted fué un ingrato.
- CONDE. Ingratitud muy comun,  
Roberto; todo lo humano  
impreso lleva ese sello.  
Usted, el tiempo pasando,  
como yo, de esa mujer  
olvidará los encantos.  
No debe usted echarme en cara...
- ROB. Es que yo no estoy manchado  
por la ingratitud, y puedo.  
En mi vida no hay un rasgo  
criminal; si no soy bueno,  
Conde, nunca he sido malo.  
La mujer que usted insulta  
sin conocer, es dechado  
de virtud, es muy honrada;  
su corazon es tan casto,  
que á ella misma ruboriza  
un pensamiento liviano.

CONDE. Pues entonces no comprendo  
por qué la protege tanto.

ROB. Por gratitud. Tuve un duelo,  
en el que murió el contrario,  
no sin causarme una herida  
que me puso en tal estado,  
que perdí el conocimiento  
cuando á casa me llevaron  
los padrinos; yo vivia  
solo en Madrid, en un cuarto  
debajo de las modistas:  
lo supieron en el acto,  
bajaron á verme, y todos  
los auxilios me prestaron  
ellas; del pié de mi lecho,  
no con caridad, con grato  
afecto, ni un solo instante  
entrambas se separaron,  
salvándome de la muerte  
sus maternales cuidados.  
Desde entonces las protejo:  
de Enriqueta soy hermano,  
y no soy mas porque ya  
unido estaba con santo  
juramento á otra mujer,  
no por cariño acendrado,  
sino por...

CONDE. Por gratitud.

ROB. Por gratitud. ¿Es acaso  
cariño lo que nos une  
con indisolubles lazos  
á una mujer que nos dobla  
el número de los años?  
El interés ó el deber  
los atan, ó acaso entrambos,  
y, Conde, hasta el matrimonio  
solo el deber me ha impulsado.  
Mi esposa desde la infancia,  
desde tiempo muy lejano,  
era amiga de mi padre,  
comerciante desgraciado,  
que iba á quebrar, cuando ella

puso su caudal en manos  
de mi padre, sin ningun  
interés, y nos salvamos.  
Cariño me profesaba,  
y yo por no ser ingrato  
fui su esposo, y no lo siento.

Es feliz. Este es mi hado.

Mi vida de gratitudes  
es un continuo rosario;  
quizás no soy muy feliz,  
mas tampoco desgraciado.

Logro á veces la ventura  
dar á alguno, y... algo es algo.

(Pausa. El Conde se distrae durante el parlamento anterior, siempre fijo en su idea.)

CONDE. ¿Enriqueta corresponde  
á Enrique?

ROB. No hay que dudarlo.

CONDE. ¿No ama en él la posicion?  
¿Acaso no habrá pensado  
que siendo esposa de Enrique  
gana en esplendor y rango?

ROB. No, Conde, estoy muy seguro.  
Ama á Enrique... por amarlo.

CONDE. ¿Y no querrá desistir?

ROB. ¿Desistir? ¡Si no ha soñado  
otra ventura en su vida  
que ese amor!...

CONDE. Funesto dardo  
que asesinará á mi hija,  
Roberto.

ROB. ¡Eh! No; los años  
traen el olvido consigo.  
No mata el amor.

CONDE. No, cuando  
fuerte la naturaleza  
lucha con él brazo á brazo...  
Pero mi hija...

ROB. Olvidará.

CONDE. Nunca, no.

ROB. ¿Tiene usted algo  
que mandarme?



CONDE. Nada... nada.  
ROB. Hasta la vista. (Se vá.)  
CONDE. (Es de mármol.)

## ESCENA XI.

EL CONDE.

¡Bella, encantadora, pura  
y amada con fanatismo,  
Enriqueta es un abismo  
entre mi hija y su ventura!  
Todo contra ella conspira.  
¿Qué haré? Romperé ese dique.  
¿Y cómo? ¿Cómo? Si Enrique  
es el aire que respira!  
Pues mi hija no ha de morir,  
¡tengo á Enrique que atraer?  
¿Cómo? Si no puede ser.  
¡Es preciso discurrir!  
Que lo que quiera me nombre,  
y es suyo sin duda alguna.  
¡Perderia mi fortuna  
por el amor de ese hombre!

## ESCENA XII.

EL CONDE, CLEMENCIA.

CONDE. ¿Vienes triste?  
CLEM. Triste vengo.  
CONDE. ¿Qué tienes? Con confianza  
dime.  
CLEM. Perdí la esperanza,  
no me preguntes qué tengo.  
CONDE. Te martirizas así  
agravando tu dolencia;  
aun no tienes la evidencia  
de que te olvide.  
CLEM. Si, si.  
CONDE. Puede ser eso un error  
que te venga á alucinar.

¿Cómo Enrique ha de olvidar  
cuatro años de firme amor?

CLEM. ¡Ay!

CONDE. Hija, por Dñs no llores.

CLEM. Tengo una rival.

CONDE. ¿Qué dices?

CLEM. Lo sé por Ramon, felices  
los dos, se dicen amores.

CONDE. Ten, hija, resignacion.  
No merece amor tan loco  
hombre que vale tan poco,  
que es capaz de esa traicion.  
Ven aqui, á mis brazos, ven,  
y alivio hallarán tus males,  
ven; mis brazos paternos  
te servirán de sosten.  
De padre el amor profundo  
es el amor verdadero.

¡Hija, como yo te quiero  
nadie te querrá en el mundo!

CLEM. Ya lo sé.

CONDE. Pues seca el llanto  
y olvida á tu Enrique infiel.  
No llores, no es digno él  
de que tú le llores tanto.

CLEM. Le olvidaré, padre mio,  
y con semblante sereno;  
si, si, ¿pero con qué lleno  
este hueco, este vacio?

CONDE. Con el raudal de ternura  
que en tí tu padre derrama,  
con esta constante llama  
que alumbra tranquila y pura.  
Con este amor tierno y fuerte  
que en el alma Dios coloca,  
que el olvido no sofoca,  
que solo extingue la muerte,  
que dá goces superiores,  
y amor paternal se nombra,  
y á cuyo lado... son sombra  
todos los demas amores.

CLEM. ¡Si asi me quisiera Enrique!

- No quiero pensar en él.
- CONDE. Hija mia, no cruel  
ese amor te mortifique.  
Tu alma sensible no olvida...
- CLEM. ¡Padre!
- CONDE. (No le olvidará.) (Ap.)
- CLEM. Tras de él sin querer se vá  
el corazon y la vida.  
Á mi pesar me alimenta;  
y sin él me quedaré,  
es verdad, mas moriré,  
pero moriré contenta.
- CONDE. (Mi hija al precipicio cae;  
este amor la vá empujando.  
Está al abismo mirando  
que la repele y la atrae.  
¡Ah! No quiero que la atraiga,  
desesperado es el medio,  
pero no hallo otro remedio,  
es preciso que no caiga.)  
Haré lo que á tí te cuadre.  
(Tomando una gran resolucion.)  
¿Quieres su amor? Lo obtendrás,  
¡Será tu esposo! verás  
de lo que es capaz un padre.  
(Se vá á su habitacion.)

### ESCENA XIII.

CLEMENCIA, luego RAMON.

- CLEM. ¡Delira! Inútiles son  
de mi padre los desvelos.  
¡Cómo sufro! Estan los celos  
rasgándome el corazon.  
¡Sufriendo tanto no lloro!  
¡Tanto vale esa mujer  
tan humilde, que ha de hacer  
suyo mi único tesoro?  
En alta esfera nació,  
rica, codiciada y bella.  
¿Quién es ella? ¿quién es ella?

para compararse á mí?  
¡Ah! Voy á hacerla temblar. (Toca el timbre.)  
Frente á frente la he de ver,  
deseo darme el placer  
de hacerla ruborizar.  
¿Ramon?

RAMON.                   ¿Señorita?

CLEM.                    Ven.

Quiero que estés prevenido.  
Voy á comprarme un vestido.  
Vas á acompañarme:

RAMON.                   Bien.

¡Ahora!

CLEM.                    Si.

RAMON.                   Veo con pena  
que usted vá á salir.

CLEM.                    ¿Por qué?

RAMON.                   Está usted tan débil que...

CLEM.                    ¡Si estoy buena! ¡Estoy muy buena!

RAMON.                   Sin embargo.

CLEM.                    Es mi deseo

y no esperes que desista.  
¿Dónde vive esa... modista?

RAMON.                   En esta calle, yo creo  
que en el número sesenta,  
cuarto tercero.

CLEM.                    Me visto  
en seguida.

RAMON.                   Yo estoy listo.

CLEM.                    Calla, y me tendrás contenta.

RAMON.                   Bien, bien; yo lo callaré.

CLEM.                    Sobre todo á mi papá.

¿Oyes, Ramon?

RAMON.                   Bien está.

CLEM.                    (La veré, yo la veré.) (Se vá á su habitacion.)

## ESCENA XVI.

RAMON, y en seguida el CONDE, vestido.

RAMON.                   Lo que á la pobre la pasa  
es serio y mucho me inquieta.

- CONDE. ¿En dónde vive Enriqueta?  
RAMON. En esta calle.  
CONDE. ¿En qué casa?  
Di.  
RAMON. En el número sesenta,  
tercero.  
CONDE. ¿Tú estás seguro?  
RAMON. Si, es un portal oscuro  
y...  
CONDE. Basta. Lo tendré en cuenta.  
(Mas tarde pienso ir allá.)  
No sé cuándo volveré.  
(La veré, yo la veré.)  
(Váse por el foro.)  
RAMON. (Pues señor, tormenta habrá.)

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**

---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Habitacion de Maria: casa pobre: puerta al foro, dos á la derecha y una á la izquierda. Velador de pino; en él un velon encendido: á su alrededor Maria, dormida sobre la labor, Enriqueta cosiendo un vestido, Enrique á su lado. En medio de las dos puertas un retrato de Maria, y enfrente una Virgen de los Desamparados.

### ESCENA PRIMERA.

ENRIQUETA, ENRIQUE y MARIA.

ENRIQUE. ¿Se ha dormido?

ENRIQ.                   Hace dos noches  
que mi pobre madre vela.  
¡Tenemos tanto trabajo!

ENRIQUE. Pues entonces que se duerma  
no es extraño. ¿Tienes sueño?

ENRIQ. Esa pregunta es ofensa.

ENRIQUE. No es mi intencion ofenderte.

ENRIQ. Á tu lado...

ENRIQUE.                   ¿Tú despierta  
estarias siempre?

ENRIQ.                   Siempre,  
Enrique.

ENRIQUE.               Dulce Enriqueta,  
el que alcanza tu ternura,

¿qué ha de envidiar en la tierra?  
ENRIQ. Pues sin embargo, el cariño  
de una jóven tan modesta  
como yo, del que le alcanza  
entero el pecho no llena.

ENRIQUE. Eso dices porque el alma  
no es un espejo; si fuera,  
en el mio reflejarse  
una imágen hechicera  
verias, una... la tuya,  
sola la tuya, Enriqueta.

ENRIQ. ¡Enrique, porque soy pobre  
en deslumbrarme te empeñas!  
Ten compasión, no me engañes  
porque me ves inexperta.  
Mira que todas tus frases  
caen en mi alma como perlas,  
y en su fondo de cristal  
con voz simpática suenan.  
Mira que ellas en mi estado  
constituyen mi riqueza,  
porque el lujo de los pobres  
es el amor, y en tí fuera  
una crueldad inhumana  
privarme de esa opulencia.

ENRIQUE. Por la sombra de mi madre,  
por cuanto existe en la tierra  
sagrado, juro que tú  
eres mi pasión, mi entera  
felicidad. Fuera infame  
si con hipócrita lengua  
te engañase; fuera torpe  
si entrara sin reverencia  
en el santuario de tu alma,  
donde la fé pura reina,  
santuario que con su incienso  
embalsama mi existencia.

ENRIQ. Enrique, aunque llegue un día  
que amor hácia mí no sientas,  
háblame así, siempre así.  
¡Esta mentira es tan bella!

ENRIQUE. Si esta pasión es mentira,



todo es mentira en la tierra.  
¿Por qué dudas que te ame?  
¿No es bastante tu belleza  
para poder inspirarme  
esta pasión grande, inmensa?  
Y para poder sentirla,  
¿no es mi alma bastante tierna?

ENRIQ. ¡Oh! si, si; pero el recuerdo  
de otro amor acaso queda  
mal apagado en tu alma  
no convertido en pavesas.

ENRIQUE. Ya sabes que he quebrantado  
las amorosas cadenas  
que á mi pesar me ligaban  
á otra mujer, á Clemencia.  
Ya sabes que sin pretesto,  
solo por tu amor, romperlas  
intenté, y tampoco ignoras  
que á pesar de amarme ella  
las rompí; que á esa mujer  
miro con indiferencia  
desde que te he conocido;  
si esto no tienes por pruebas  
de cariño, y no te bastan  
para que dudas no tengas,  
juro que serás mi esposa,  
y esta es mi prueba postrera.  
Cuando tu madre despierte,  
pido tu mano, Enriqueta.

ENRIQ. ¡Y llevarás al altar  
á una pobre costurera!  
Tú que de elevada stirpe  
á señoras opulentas  
puedes unirte, ¿querrás  
bajarte hasta mí?

ENRIQUE. Enriqueta,  
si tú para enamorarme  
otro encanto no tuvieras  
que el encanto delicioso  
de tu cándida modestia,  
ese solo me incitara  
á que el alma te rindiera.

ENRIQ. ¡Adulador! Tu familia,  
que acaso enlazarte piensa  
con alguna dama noble,  
con repugnancia admitiera  
tan desigual matrimonio,  
y yo seria la tea  
de la discordia en el seno  
de tu familia, y me apena  
pensar que mi amor te cuesta  
acaso lágrimas. Deja,  
pues mi suerte a-i lo quiere,  
que vegete en mi pobreza:  
yo padeceré contigo  
si pesares te atormentan;  
pero, Enrique, yo no quiero  
nunca que por mí padezcas.

ENRIQUE. Ese sublime égoismo  
muestra tu delicadeza,  
pero no puedo aceptarlo.  
Sin padres y con extrema  
libertad, ya por mis años  
á ninguno rindo cuentas  
de mi conducta, á ninguno.  
Habla claro: ¿es que te niegas  
á ser mi esposa? ¿Es que temes  
que yo te engañe? Sé ingénua.

ENRIQ. No, no temo que me engañes.  
Estoy de tu amor contenta  
y orgullosa. Irresistible  
oigo en mí una voz interna  
que está hablando al corazon  
y me dice que te crea.  
Ni me niego á ser tu esposa.  
Pero me deja suspensa  
esta honra que no merezco  
y que ni soñé siquiera.

ENRIQUE. Pruébame tu amor, admite.

ENRIQ. Admito con complacencia.  
Pasar la vida á tu lado  
es mi esperanza risueña;  
vivir contigo es vivir  
en el cielo, no en la tierra.

(Se estrechan las manos.)

MARIA. ¿Qué hora es?

ENRIQ. Mi madre.

ENRIQUE. ¿Qué hora?

Las ocho.

MARIA. ¡Ya! Mira, arregla  
en un pañuelo los trajes  
de la señora marquesa;  
voy á devolverlos.

ENRIQ. ¿Ahora?

MARIA. Lo prometí, y los esperan  
esta noche.

ENRIQ. Voy por ellos. (Se vá.)

## ESCENA II.

MARIA, ENRIQUE.

ENRIQUE. Voy á marcharme y quisiera  
decir á usted dos palabras;  
palabras que me interesan  
tanto, que estoy impaciente  
por decirlas.

MARIA. Con franqueza  
hábleme usted. Como siempre,  
para oírle estoy dispuesta.

ENRIQUE. Sabe usted que hace ya tiempo  
que ví y que quise á Enriqueta,  
y que mi amor ha encontrado  
amante correspondencia.

Es tan grande mi cariño,  
la adoro de tal manera,  
que es el sueño de mi vida,  
mi única esperanza es ella.

Bendiga usted estos amores,  
y dándonos su licencia,  
al pié del ara jurémonos  
amor y constancia eterna.

MARIA. Antes de comprometerse  
los compromisos se pesan.  
Mi hija es muy pobre, muy pobre,  
usted es rico; ¿es tan intensa

su pasion que vencedora  
salga del mundo á las pruebas,  
y ante él una union contraiga  
que él por desigual reprueba?  
Piénselo usted mucho, Enrique,  
reflexione que se juega  
el porvenir, que este paso  
anudará su existencia,  
ó bien con lazo de flores,  
ó con pesadas cadenas.

ENRIQUE. Lo he pensado bien, Maria,  
y nada hay que me detenga.  
Si el mundo este matrimonio  
por su capricho no aprueba,  
poco me importa; mi mundo  
es el amor de Enriqueta,  
y mi mundo de este enlace  
regocijado se alegra.

Quiero que sea mi esposa,  
si acaso usted no se niega.

MARIA. ¿Cómo he de negarme yo  
á hacer feliz á Enriqueta?  
Apruebo esta union, pero antes  
es preciso que usted sepa  
un secreto: si al saberlo  
en casarse persevera,  
mi hija es su esposa. Aqui viene.  
Lo sabrá usted cuando vuelva.

### ESCENA III.

DICHOS, ENRIQUETA, con un pañuelo que se supone encerrar  
dos vestidos.

ENRIQ. Tome usted, madre.  
(Dando el envoltorio á su madre.)

ENRIQUE. Tambien  
salgo. Tu madre me acepta.

(Á Enriqueta al salir, mientras esta le presenta el  
sombrero que estará sobre una silla al lado de la  
puerta del foro.)

Te pedí; serás mi esposa.

ENRIQ. ¿Si? ¡qué alegría!

MARIA. (Poniéndose la mantilla.) Te quedas sola.

ENRIQ. Bien, madre.

ENRIQUE. ¡Amor mio!

ENRIQ. ¡Enrique! (Despidiéndose los dos formando grupo.)

MARIA. Vamos.

(Se van Maria y Enrique, cerrando la puerta del foro que se supone dar á la escalera.)

## ESCENA IV.

ENRIQUETA.

Risueña  
será mi vida á su lado,  
siempre á su lado: ¡qué bella  
esperanza! ¡Por ninguna  
cambiaría mi existencia!  
Seré suya para siempre.  
Bendita, bendita seas,  
(Dirigiéndose al cuadro de la Virgen.)  
Virgen Maria, pues por  
los desamparados velas,  
y proteges mis amores  
y socorres mi pobreza,  
amparando mi orfandad,  
velando por mi inocencia.

(Llaman al fondo.)

¿Quién es? ¿Quién llama?

ROB. (Dentro.) Roberto.

ENRIQ. Me alegro de verte. Entra.

(Con extraordinaria alegría se lleva á Roberto hasta el proscenio.)

## ESCENA V.

DICHA, ROBERTO.

ENRIQ. Soy muy dichosa.

ROB. Lo sé.

He encontrado en la escalera

- á tu futuro, y tu madre;  
he sabido que desea  
ser tu esposo y te pidió.
- ENRIQ. Ahora mismo. ¡Si pudieras  
comprender cuánta ventura  
la region de mi alma llena!
- ROB. Lo comprendo.
- ENRIQ. Es imposible,  
Roberto. Nunca en la hoguera  
voraz de un inmenso amor  
te has abrasado. Sedienta,  
de estos placeres en busca  
nunca corrió tu existencia,  
y en la fuente del amor  
no vió su sed satisfecha.
- ROB. ¡Que nunca he querido!... Es cierto.  
Es mi corazon de piedra.—  
Voy á escribir á mi esposa,  
he de ir á Vichy por ella  
dentro de muy pocos dias,  
y es natural que lo sepa.  
Papel.
- ENRIQ. Allí tienes. (En el gabinete.)
- ROB. Bien.  
Voy, que urge el tiempo.
- ENRIQ. Pues entra  
á escribir, Roberto, que  
voy un momento á esta pieza.  
(Se vá por la derecha, y Enriqueta por la izquierda.)

## ESCENA VI.

CLEMENCIA y RAMON con un envoltorio.

- RAMON. Aqui debe ser.
- CLEM. ¿Aqui?  
Aqui no hay nadie.
- RAMON. ¿Y abierta  
cómo han dejado la puerta?
- CLEM. No sé?
- RAMON. ¿Esperaremos?
- CLEM. Si.

Esas maldita escalera  
incómoda y elevada,  
me ha rendido. Estoy cansada.  
RAMON. Siéntese usted donde quiera.

(Reconociendo la habitacion.)

CLEM. Ramon, esto es un desvan.  
¿Aqui esa modista vive?

RAMON. Si.

CLEM. ¿Y aqui á Enrique recibe?  
Locos los hombres estan.

RAMON. ¿Qué quiere usted?

CLEM. Ese velon  
mas entristece que alumbra...  
¡Y qué lúgubre penumbra  
esparce en la habitacion!  
¡Qué muebles!

RAMON. Mas, señorita,  
son infelices.

CLEM. Lo sé.

Mas dime, Ramon, ¿por qué  
si la pobreza gravita  
sobre ella, su alma de roble  
no viendo á su ambicion dique,  
me roba el amor de Enrique  
á mí opulenta, á mí noble?

Ella causa mis pesares.

Nacida en humilde esfera,  
satisfacerse debiera  
con amores mas vulgares.

Pero lo que no me explico,  
lo que mi amor propio hiere,  
es... ¡cómo Enrique la quiere!

Jóven, altanero y rico,  
cómo ha podido caer  
en su red, no sé explicar.

Ramon, no le debe amar,  
¡si no lo puedo creer!

RAMON. Señorita, puede, puede.

CLEM. ¿Tú comprendes?

RAMON. Aunque quiero  
no puedo entenderlo, pero  
lo cierto es que asi sucede.



Vámonos de aquí, lograr nada puede usted.

CLEM. No, no.

RAMON. Don Enrique la olvidó, le debe usted olvidar.

CLEM. Cuanto me dice tu boca con tu alma fría concuerda. ¿Pretendes que piense cuerda, cuando me ves que estoy loca?]

RAMON. Los disgustos son veneno; bebiéndolos de esa suerte la matarán.

CLEM. ¿Qué mas muerte que la que llevo en mi seno?

RAMON. Vámonos de aquí, placer no ha de encontrar usted en verla.

CLEM. He venido á conocerla, y la quiero conocer.

RAMON. Pues cálmese usted.

CLEM. Ramon, la veré con calma. Sé dominarme, ahogaré los gritos del corazón.

RAMON. Acaso no haya salido, y en esos cuartos se encuentre.

CLEM. Puede ser.

RAMON. ¿Quiere usted que entre á ver... ya que hemos venido?

CLEM. Si, Ramon, corre en su busca.

RAMON. Aquí viene.

CLEM. ¡Es ella! Siento que al verla, mi entendimiento mal de mi grado se ofusca.

## ESCENA VII.

DICHOS, ENRIQUETA.

ENRIQ. ¿Buscan ustedes?...

CLEM. (Mirándola con altanería.) Á tí. Me has de coser un vestido, y otro de muestra he traído.

Toma. (Lo saca del lio que trae Ramon.)

ENRIQ. ¿Igual á este?

CLEM. Si.

ENRIQ. ¿Le corre á usted prisa?

CLEM. No.

Quando puedas.

ENRIQ. ¡Qué desden!

RAMON. ¿Vámonos?

CLEM. Mírala bien:

(Cogiendo febrilmente á Ramon por el brazo, y sin dejar de mirar á Enriqueta.)

¿es mas hermosa que yo?

RAMON. Eso no, aunque algo agraciada no se puede comparar...

CLEM. No me quieras engañar.

ENRIQ. Fija tiene su mirada, (Ap.) en mí con obstinacion.

Me dá miedo. ¿Qué mujer?

¿dónde lo he de devolver?

CLEM. Entérala tú, Ramon.

RAMON. Siguiendo esta misma calle, busca usté una gran fachada, hace poco restaurada. Casa del Conde del Valle.

ENRIQ. Casa de gran apariencia. Sé dónde es, no cabe error.

CLEM. Vas allí, y preguntas por... la señorita Clemencia.

ENRIQ. ¡Dios mio!  
(Deja caer el vestido que tiene en la mano.)

CLEM. Me ha conocido. (Ap.)

ENRIQ. ¡Ella! (Idem.)

RAMON. Compasion me inspira.

CLEM. Vé con mas cuidado, mira que se te cae el vestido.

ENRIQ. Dispéñseme usted.

CLEM. Ya sé.

(Dejando caer á plomo las palabras.)

que eres notabilidad

en tu oficio; y la verdad,

por notable te busqué.

Que á tu palabra no faltas

sé, y que con tu trabajo,  
aunque nacida muy bajo,  
buscas posiciones altas.  
Mas te digo sin ficcion,  
pues nuestros genios se ajustan,  
que me gustas, pues me gustan  
mujeres con ambicion.  
Tengo esa pasion tambien.  
Muéstrame tu ciencia toda  
en ese traje de boda.  
Sé recompensar muy bien.

ENRIQ. ¿De boda?

CLEM. ¿Te sabe mal?

ENRIQ. ¿Se vá usted á casar?

CLEM. Acaso.

ENRIQ. ¡Qué es lo que escucho! (Ap.)

CLEM. Me caso

con Enrique Sandoval.

ENRIQ. No puede ser. Es mentira.

CLEM. ¿No?

ENRIQ. No lo puedo creer.

¿Enrique? No puede ser.

RAMON. Mi señorita delira. (Ap.)

ENRIQ. Debe ser una impostura.

No lo creo.

CLEM. Jé, jé, jé. (Risa forzada.)

ENRIQ. Á quién ha entregado,  
sé su cariño, su ternura.  
Nada para usted en su pecho  
conserva ya, y no indecisa  
la digo...

CLEM. Jé, jé! (Idem.)

ENRIQ. Esa risa  
es la risa del despecho.

CLEM. Ya que tan soberbia estás,  
ya que con audacia loca  
tu insensatez me provoca,  
veremos quién puede mas.

ENRIQ. Llevará usted un desengaño.

CLEM. ¿Tú ves qué provocacion? (Á Ramon.)

RAMON. Vámonos.

CLEM. Vamos, Ramon.

Esta mujer me hace daño.  
(Sale con Ramon por la puerta del foro.)

### ESCENA VIII.

ENRIQUETA, afligida, se sienta junto á la mesa de espaldas al foro.

No puede ser, la vencí,  
y me ha querido humillar.  
Enrique quiso alcanzar  
mi mano; la pidió aquí  
¿y no me quiere? Que obre  
tan mal Enrique no creo.  
Me está engañando el deseo.  
Me olvido de que soy pobre.  
¿Cómo he de luchar con ella?  
Veo morir afligida  
en el cielo de mi vida  
de mis amores la estrella.

### ESCENA IX.

DICHA, ROBERTO con una carta.

ROB. ¿Escribes?

ENRIQ. No escribo, no.

ROB. ¿Qué tienes, que melancólica  
te encuentro?

ENRIQ. No tengo nada.

ROB. ¿Quieres engañarme?

ENRIQ. Ahora

ha venido mi rival,  
y pretende que la cosa  
ese vestido.

ROB. Clemencia  
es vengativa.

ENRIQ. Su boda  
vá á celebrar con Enrique,  
segun dijo; de su boca  
lo escuché.

ROB. Está despechada.

Es falso.

ENRIQ. ¿No te equivocas?

ROB. ¿No te ha pedido?

ENRIQ. Ahora mismo.

ROB. Pues fíate de él con toda seguridad; es honrado, y que su palabra rompa sin un profundo motivo no creo, menos ahora que concluyó con Clemencia, y por ti; ciega de cólera está tu rival, que siempre ha sido muy orgullosa, y que hoy lo es mas, por despecho y por la dolencia crónica que merced á los disgustos en ella se desarrolla.

ENRIQ. ¿Está muy enferma?

ROB. Herida de muerte.

ENRIQ. ¡Pobre señora!

ROB. Voy al correo; hasta luego, que volveré sin demora.

ENRIQ. Adios, Roberto. No en vano creía que estaba loca.

## ESCENA X.

Al salir ROBERTO entra el CONDE.

ROB. ¿Usted en esta casa, Conde?

CONDE. Busco á Enriqueta.

ROB. Está sola; allí.

CONDE. He de hablarla en secreto.

ROB. Pues bien, la ocasion es próspera.

CONDE. Hasta luego.

ROB. (No me fio.)

Preciso es que yo le oiga.)

(Se oculta en la habitacion de la derecha.)

## ESCENA XI.

ENRIQUETA, el CONDE.

CONDE. La veo y al verla empieza  
mi planta ya á vacilar.  
Y hay razon, vengo á empañar  
el pudor de su pobreza.  
Es por mi hija, pero al fin  
es una accion humillante.  
Subir hace á mi semblante  
de la vergüenza el carmin.  
¿Retroceder debo acaso?...  
No, que aqui el deber me fija.  
Si he de salvar á mi hija  
tengo que dar este paso.  
Enriqueta. (Adelantándose hasta ella.)

ENRIQ. ¡Caballero! (Sorprendida.)

CONDE. Á sorprenderla he llegado:  
la puerta abierta he encontrado  
y...

ENRIQ. ¿Qué quiere usted?

CONDE. ¿Qué quiero?...

ENRIQ. ¿Busca usted á mi madre?

CONDE. No.

ENRIQ. Salió hace poco.

CONDE. ¿Ha salido?

Me alegro de haber venido  
cuando su madre salió.  
Con usted he de hablar.

ENRIQ. No sé

si debo oirle en ausencia  
de mi madre.

CONDE. En su presencia  
no hubiera yo hablado á fé.  
Deseche usted su temor  
y sus prevenciones vanas;  
ya vé usted que peino canas,  
no vendré á hablarla de amor.  
Deseo hablarla en secreto:  
tenga usted tranquilidad.

Bien merezco por mi edad  
atención, si no respeto.

ENRIQ. Mi proceder no le asombre.  
De sorpresa estoy absorta.  
¿Quién es usted?

CONDE. ¿Y qué importa  
saber quién soy? Soy... un hombre  
que ha nacido en la opulencia,  
filántropo sin segundo  
busco á los pobres del mundo  
y mitigo su indigencia;  
y como en socorrer goza  
mi alma al necesitado,  
á mi palacio han llegado  
las virtudes de esta choza.  
Sé la vida infortunada  
que ustedes pasan aquí,  
su honradez yo conocí,  
de ustedes no ignoro nada.  
Yo en nombre de la equidad,  
yo en nombre de la justicia,  
si usted me escucha propicia,  
haré su felicidad.

ENRIQ. Caballero, no merezco  
ni mofa, ni tal placer...  
mas claro, quiero saber  
si rechazo ó si agradezco.

CONDE. ¿Jamás usted ha soñado  
en dejar este aposento,  
su trabajo, su sustento  
frugal en llanto bañado,  
cambiando ese pobre traje,  
y esta vida oscura,  
y esa quietud sin ventura,  
y esa noche sin celaje,  
y de repente salir  
á un mundo fascinador,  
donde un sol deslumbrador  
convida á amar y á vivir;  
y allí, sin ningun desvelo,  
vestir en eterno dia  
el corazon de alegría



y el cuerpo de terciopelo,  
y en medio de los placeres  
tantos... que no tienen nombres,  
hacerse amar de los hombres,  
y envidiar de las mujeres?  
Yo vengo pues á ofrecerla  
todo cuanto la he pintado.  
Lo que usted ni aun ha soñado  
es lo que vengo á traerla;  
riqueza.

ENRIQ. Y el aceptar  
tan rarísima propuesta,  
caballero, ¿qué me cuesta?

CONDE. Nada, querer y olvidar.

ENRIQ. No alcanza mi comprension...

CONDE. Mas claro me explicaré.  
Su dicha de usted haré,  
mas con una condicion.  
Nada es que á nadie reporte  
daño; justo es que me explique.  
Quiero que olvide usted á Enrique  
y salga usted de la córte.

ENRIQ. ¡Que olvide á Enrique!

CONDE. Importuna

es para mí esta pasion;  
doy con esta condicion  
la mitad de mi fortuna.

ENRIQ. Un fausto deslumbrador  
usted ofrecerme procura!  
El oro no es la ventura,  
la ventura es el amor.  
Mi mente en sus devaneos  
en el amor solo sueña:  
como he nacido pequeña  
son pequeños mis deseos.

CONDE. Eso es ilusion no mas  
del virginal pensamiento;  
el amor vive un momento,  
vive el oro mucho mas.  
El oro todo lo alcanza;  
es tanta su omnipotencia  
que hace feliz la existencia

comprando hasta la esperanza.  
Razon es que todo calle  
cuando á su puerta aparece  
la fortuna, y se la ofrece  
completa el Conde del Valle.

ENRIQ. ¡El Conde del Valle!...

CONDE. Soy yo.

ENRIQ. ¿Su oro en mis manos pone  
y esa infamia me propone  
porque en la miseria estoy?  
Fuera proceder inmundo.  
Esas palabras me ofenden.  
Mis amores no se venden  
por todo el oro del mundo.  
Oirlo solo me afrenta:  
¡y noble á usted Dios le hizo!  
Por usted me ruborizo  
que me propone esta venta.

CONDE. Si usted supiera por qué  
no asi me ruborizara.

Compasiva me mirara.

ENRIQ. Ya presumo... ya lo sé.

CONDE. Hago esta proposicion,  
aunque el hacerla me aflija,  
porque contemplo á mi hija  
herida en el corazon.

Amor tambien la enloquece,  
y amor á Enrique; sombría,  
se agosta de dia en dia;  
si no es su esposa, perece.

ENRIQ. ¡Si el oro todo lo alcanza,  
si es tanta su omnipotencia  
que hace feliz la existencia  
comprando hasta la esperanza!

CONDE. La pasion en que se abisma  
la tiene á usted alucinada.  
Está usted tan obcecada  
que se engaña usted á sí misma.  
De esto quizá usted se asombre  
mientras le dure su error;  
mas, hija, llama usted amor  
á lo que tiene otro nombre.

¿Por qué hacía Enrique le asalta  
un cariño sin medida?

Porque usted busca á su vida  
la posicion que le falta.

Es usted á su amor tan fiel,  
le profesas tal ternura,  
porque de su vida oscura  
saldrá por él y con él.

Con franqueza, y sin rubor,  
muestre usted su pensamiento,  
caiga al agradecimiento  
la máscara del amor.

ENRIQ. Si Enrique hubiera nacido  
en la mayor indigencia,  
como ahora en la opulencia  
tambien le hubiera querido.  
Porque es mi pasion tan pura,  
tan sin interés, que siento  
que Enrique sea opulento,  
aunque parezca locura.

CONDE. Usted se engaña, hija mia,  
dando culto á la belleza  
de ese amor, sin la riqueza  
muy pronto se extinguiria.  
Harto de este mundo sé.  
Hay pocos que me aventajen...

ENRIQ. Yo lo juro ante la imágen  
(Señalando al retrato.)  
de mi madre que nos vé.  
Ante ella mis labios muevo  
solo con veraz vocablo;  
cuando ante esa imágen hablo  
á mentir nunca me atrevo.

(El Conde mira el retrato, y le causa una violenta  
emocion.)

CONDE. ¡Gran Dios, no son ilusiones  
que crea la fantasia!  
¡Es ella, es ella, Maria!  
Reconozco sus facciones.

ENRIQ. El retrato le arrebatas,  
¿qué es esto?

CONDE. ¡Sus ojos bellos,

sus negrísimos cabellos ,  
que el tiempo pintó de plata!  
¿Es tu madre?..

ENRIQ. Si.

CONDE. ¡Tu madre!

Mi espíritu se alborozó.

¿Has nacido?...

ENRIQ. En Zaragoza.

CONDE. Tu padre...

ENRIQ. Murió mi padre.

CONDE. ¿Cuentas veinte primaveras?

ENRIQ. Esa es mi edad.

CONDE. ¡Tu edad!

ENRIQ. Si.

del Ebro en la imagen ví  
pasar mis horas primeras.

CONDE. Di, Enriqueta, ¿ese collar  
que miro con emoción, ¿  
termina en un medallón  
de la Virgen del Pilar?

ENRIQ. Mírelo usted.

CONDE. ¡Qué alegría!

Esta es la prenda de amores .  
que en otros días mejores  
he regalado á María.

ENRIQ. ¿Usted, usted á mi madre?

CONDE. Si, pero esto no te aflija,  
porque, Enriqueta, eres mi hija.  
Abraza, abraza á tu padre.

ENRIQ. ¡Mi padre!

CONDE. Si; en ello insisto,  
tu padre.

ENRIQ. Lo creeré.

Si usted es mi padre, ¿por qué,  
por qué yo nunca le he visto?

CONDE. El mundo, la sociedad...  
cosas que tú desconoces.

¡No te está diciendo á voces  
la sangre que hablo verdad!

Ven, ya mis brazos te he abierto;  
quiero en ellos convencerte.

ENRIQ. Padre, yo quiero creerte.

CONDE. ¡Hija mia! (La abraza.)

ENRIQ. ¿Será cierto?

¿será cierto?

CONDE. ¡Hija mia!

## ESCENA XII.

MARIA entra por el foro, y al ver al CONDE abrazar á su hija,  
dice con indignacion.

MARIA. ¿Qué es esto?

CONDE. ¡Es ella!

ENRIQ. ¡Mi madre!

dice el Conde que es mi padre.

MARIA. ¡Gran Dios! ¡Eduardo! (Reconociéndose.)

CONDE. Maria.

ENRIQ. ¡Es mi padre! (Á su madre.)

MARIA. Calla, calla.

(Dignidad, que no te vengzan.)

CONDE. (Mis recuerdos me avergüenzan,  
sufro una ruda batalla.)

ENRIQ. Es...

MARIA. Si. Á tu gabinete.

ENRIQ. Madre.

MARIA. Vete.

ENRIQ. ¡Qué alegría!

Tengo padre todavía.

CONDE. (¡Encuentro á mi hija!)

MARIA. Vete.

## ESCENA XIII.

MARIA, el CONDE.

MARIA. Tras tanto tiempo de olvido,  
que lo inhumano traspasa,  
¿qué buscas hoy en mi casa?  
¿Qué buscas? ¿Á qué has venido?

CONDE. Que era tu casa ignoraba,  
y hasta ignoraba, Maria,  
que aqui una hija tenia  
que cerca de mí moraba.

Vine sin vacilacion  
con una idea aqui fija.  
Maria, tengo otra hija  
herida en el corazon.  
Amor tambien la enloquece,  
y amor á Enrique; sombría  
se agosta de dia en dia;  
si no es su esposa perece.  
Supe que era su rival  
Enriqueta; pretendia  
ver si á Enrique olvidaria,  
y con esperanza tal  
mi riqueza la ofrecia  
á mi hija, y la desechó.  
¡Vale mucho mas que yo,  
pues me ha avergonzado aqui!

MARIA. Con insolencia procaz,  
fiado en la posición,  
viniste con la intencion  
de arrebatarla la paz;  
mas por mucho que té aflija,  
hará lo que bien me cuadre;  
la paz robaste á la madre,  
respeto la de la hija.

CONDE. Si, yo respetarla quiero.  
¡Es tambien mi hija! ¡Dios mio!  
¡Mi pensamiento era impio!  
¡Que siempre ame á Enrique! Pero  
¡qué digo!... No puede ser.  
Asi mato á mi Clemencia;  
¡ese amor es su existencia!  
¡No sé lo que debo hacer!  
De dolor mi alma transida  
no tu justicia taladre,  
Señor; ¿cómo ser buen padre  
si á la vez soy parricida?

MARIA. ¿Por qué eso ayer no pensaste?  
¿Has olvidado aquel dia  
en que de amor me moria  
y en que tú me abandonaste?  
Pide á Dios que te perdone;  
pero su justicia fija

hace sufrir á tu hija  
y que Enrique la abandone;  
que si él ingrato abandona  
á Clemencia enamorada,  
de tu conducta pasada  
esta es la digna corona.

CONDE. Si, Maria, ya lo sé:  
contigo inhumano he sido,  
pero cuanto he padecido,  
Maria, perdóname.

Mi amor ha sido profundo,  
lo sabes bien, lo mataron;  
nuestro amor sacrificaron  
las exigencias del mundo.

MARIA. ¿Tambien el mundo exigia  
que fueses villano padre  
y que huyeses de la madre  
que una hija tuya tendria?  
En maldecido aislamiento  
con Enriqueta quedé;  
cuando á su padre llamé  
mi voz se llevaba el viento!...

Hoy, padre sin corazon,  
hoy que la niña es mujer,  
hoy que colma su placer  
una entusiasta pasion,  
esposa será de Enrique.

Niña tú la abandonaste;  
¿quieres que ella por contraste,  
mujer, se te sacrifique?

No lo esperes, vano afan;  
sufre pesares prolijos:  
como trataste á tus hijos  
tus hijos te tratarán.

CONDE. ¡Ah! La desgracia, Maria,  
hizo tu alma cruel;  
asi amargas mas la hiel  
que apuro.

MARIA. No es culpa mia.

Remordimiento te asalta  
y me atribuyes á mí  
la voz que está hablando en tí,



la voz que acusa tu falta.  
Mereces tu padecer,  
y nace, aunque esto te aflija,  
de que engendraste una hija  
que no debiera nacer.

CONDE. ¡Maria!

MARIA. Ni una palabra,  
concluyamos al momento.  
Tu infamia es el instrumento  
que mi desprecio te labra.

### ESCENA XIV.

El CONDE, despues ENRIQUETA.

CONDE. ¡Ah, qué funesta verdad!  
Cuanto martirio me asalta,  
ha nacido de mi falta.  
¡No existe la impunidad!  
La voz interna que siento,  
que me culpa y me estremece,  
voz que jamás enmudece,  
es la del remordimiento.

ENRIQ. ¡Ah, padre!

CONDE. ¡Hija mia!

ENRIQ. Padre,  
aunque me mate el dolor,  
yo sacrificio mi amor;  
que no lo sepa mi madre.

### ESCENA XV.

El CONDE, despues ROBERTO.

CONDE. ¡Hija de mi corazon!  
Con su acento de dulzura,  
á inmolarme su ventura  
viene con abnegacion.

¡Cuán criminal yo no he sido  
con ella, cuán criminal!  
Me devuelve bien por mal.

ROB. No, Conde, todo lo he oido.

CONDE. ¡Roberto!

ROB. ¡Pobre Enriqueta!

Se dejó en este momento  
llevar por el sentimiento,  
pero eso poco me inquieta;  
ya lo pensará mejor.  
Que ella no se sacrifique.  
¡Condena á muerte á su Enrique  
como renuncia á su amor!

CONDE. Aun de los peligros mismos  
está mi vida herizada,  
huello una senda trazada  
sobre dos hondos abismos.  
Mis hijas... para que sea  
una dichosa, ha de ser  
otra infeliz, ¿cómo hacer  
la dicha de ambas? idea  
cruel, á una de las dos  
hago desgraciada; horrible  
escucho la voz terrible  
de la justicia de Dios,  
que me grita, ¡vano afán!  
¡Sufre pesares prolijos:  
como trataste á tus hijos,  
tus hijos te tratarán!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion del primer acto.

### ESCENA PRIMERA.

RAMON, BLASA.

RAMON. ¿Vienes de su cuarto?

BLASA. Si;  
ya le pasa. Ha sido débil  
el ataque.

RAMON. No seria  
como el de anoche; ¡qué fuerte  
y qué tenaz!

BLASA. Muy tenaz:  
preciso es que te confiese  
que me asusté cuando ví  
que con la ayuda del éter  
volverla en sí no podiamos.

RAMON. Le señorita se muere.

BLASA. No, Ramon, esos desmayos  
en ella son muy frecuentes.

RAMON. Sin embargo, Blasa, tanto  
el cántaro vá á la fuente  
que... ya sabes el refran,  
preciso es que al fin se quiebre.  
Antes mas de tarde en tarde  
los tenia, hoy la acometen

con más frecuencia, y yo temo...  
BLASA. Si, ya desde anoche es este  
el segundo.

RAMON. Menudean...  
Á este paso me parece  
que ha de ser corta la vida  
de la señorita.

BLASA. Viene  
aquí: calla, que no note  
que hablamos de su accidente.

## ESCENA II.

DICHAS, CLEMENCIA.

CLEM. Decidme los dos, ¿anoche  
ha entrado mi padre á verme?

BLASA. No, señorita.

CLEM. ¿No ha entrado?  
¿Segun eso instantes breves  
permanecí desmayada?

BLASA. Señorita, como siempre.

CLEM. Entonces...

BLASA. No está muy bueno  
el señor Conde.

CLEM. ¿Qué tiene?

RAMON. No lo sé; toda la noche  
ha velado enteramente,  
teniendo luz encendida.  
Yo ví el resplandor ténue  
desde mi cuarto, y le oía  
pasearse, enfurecerse,  
y hasta llorar, señorita.

CLEM. Dime, Ramon, ¿ahora duerme?

RAMON. Se levantó con el alba;  
ahora está en su gabinete.

CLEM. Vé, pues, al momento y llámale,  
dile que deseo verle.

(Váse Ramon.)

### ESCENA III.

CLEMENCIA y BLASA.

- BLASA. ¿Por qué no se acuesta usted?  
CLEM. ¿Por qué quieres que me acueste?  
Ya estoy buena.  
BLASA. Sin embargo...  
CLEM. No repliques, no me inquietes,  
Blasa.  
BLASA. Bien, como usted quiera.  
CLEM. Pues quiero estar sola, déjame.

### ESCENA IV.

CLEMENCIA, sola.

No hay remedio, he de ceder.  
¿Quién lucha contra la suerte?  
La fuerza de voluntad  
dicen que es omnipotente,  
y la mía que es de bronce  
y que se rompe y no cede  
nada logra. ¡Orgullo humano,  
pobre y jactancioso eres!

### ESCENA V.

EL CONDE, CLEMENCIA.

- CONDE. ¿Me has llamado?  
CLEM. Si, me han dicho...  
CONDE. ¿Qué te han dicho?  
CLEM. Que padeces,  
que estás enfermo.  
CONDE. No es cierto.  
CLEM. Tu mismo rostro te vende.  
Pálido estás, tu mirada  
errante vaga y doliente.  
CONDE. Es que he pasado una noche  
infernál; sueños crueles

de mí se han apoderado,  
y ahora estoy triste, estoy débil.  
¡Ah! Tu porvenir, Clemencia...

CLEM. Mi porvenir no te inquiete.  
Para arrostrar mi destino  
tengo valor suficiente.

Olvidaré: cuando olvide  
á Enrique, nada ya puede  
oponerse á mi ventura.

CONDE. Clemencia, olvidarle debes;  
y aunque yo te lo aconsejo  
mi amargo dolor es este.  
No lo digas, pero sabe  
que hay padres tan delincuentes  
que abandonan á sus hijos,  
ultrajando sus deberes;  
mas tarde ó temprano encuentran  
el castigo que merecen,  
porque causan la desgracia  
de sus mas queridos seres.

CLEM. ¿Qué estás hablando?

CONDE. Que siento

(Llevándose la mano al corazon.)

aquí, si, aquí roerme  
ese gusano implacable  
que alimenta eternamente  
la culpa, el remordimiento.

CLEM. ¡Ah, padre mio! ¿qué tienes?

CONDE. Tengo el amargo dolor  
de llegar á convencerme  
de que labro tu desgracia,  
de que origino tu muerte.

CLEM. Eso no. Seré dichosa:  
ninguna culpa tú tienes  
de que Enrique me abandone.  
Quiero superior hacerme  
á mi desventura; pienso,  
para conjurar mi suerte,  
brillar tanto en ese mundo  
brillante, que á mis pies quede  
fascinado y que me envidien  
las hermosuras mas célebres.



- Tanto amor conquistaré  
que el perdido no recuerde:  
galas y triunfos ansio;  
verás cómo vivo alegre.
- CONDE. Tú le adoras; por desgracia  
le adorarás siempre, siempre.  
(Pausa.)  
Di, Clemencia, ¿me perdonas?
- CLEM. ¿Por qué, si culpa no tienes?
- CONDE. Soy muy criminal, Clemencia,  
muy criminal; si supieses!...
- CLEM. ¡Se trastorna tu juicio!
- CONDE. No, no; mi juicio está fuerte.  
Es mi conciencia que grita  
y el corazón me remuerde.  
¡No sé por qué siente el hombre  
si solo desgracias siente!
- CLEM. ¿Te quejas? No de ese modo,  
padre, del cielo blasfemes.  
Mayores razones tengo  
para quejarme, y advierte  
que dignamente soporto  
mi carga de padeceres:  
mis días están tasados;  
mas ¿qué me importa la muerte?
- CONDE. No, no, Clemencia. La corte  
abandonamos en breve.  
Recorriendo otros países  
acaso salud encuentres.  
Déjame un instante solo.
- CLEM. Decidida está mi suerte.

## ESCENA VI.

El CONDE, y luego ROBERTO.

- CONDE. Su espíritu es indomable.  
¡Pero se muere, se muere,  
y yo la mato! ¡Dios mío!  
¿Hay tormento como este?  
¡Roberto!
- ROB. Á hablarle he venido.

CONDE. ¡Este hombre! Hablarme usted puede.

ROB. Insiste en unirse á Enrique  
aun Enriqueta; conviene  
á su ventura esta boda,  
y usted, padre complaciente,  
no pensará en desunir  
dos almas que bien se quieren.  
Espero que así suceda.

CONDE. Viendo que Clemencia muere,  
¿no quiere usted que la salve?

ROB. Si la salva, eternamente  
vá usted á hacer infortunada  
á Enriqueta, que no tiene  
mas porvenir que su Enrique  
ni otra ilusion que quererle.

CONDE. ¡Horrible verdad! Roberto,  
un doble martirio siente  
mi corazon. Ningun padre  
como padezco, padece.

ROB. Lo comprendo; pero, Conde,  
quejarse de esto no debe.  
Ha sembrado usted dolores;  
estos nunca son estériles,  
y han crecido tanto, tanto,  
que hoy con su sombra le envuelven.  
Lo que se siembra, se coge.

CONDE. Ese es mi tormento, ese.  
El mal solo engendra el mal:  
si esta verdad aprendiesen  
los hombres, por egoismo,  
querrian obrar bien siempre.

ROB. Enrique lo sabe todo;  
conoce perfectamente  
el origen ilegítimo  
de Enriqueta, que aparece  
á sus ojos que la adoran  
con esa mancha en la frente.

CONDE. Yo la borraré, Roberto;  
no es esa mancha indeleble.  
Escribí una carta anoche  
á mi Maria con este  
objeto; escribí una carta

en ella perdon pidiéndola,  
brindándome á ser su esposo  
y á vivir eternamente  
con ella, purificando  
á Enriqueta para siempre,  
reconociéndola y dándola  
el nombre de que carece.

ROB. La llevaré á su destino.  
Venga la carta: si fuese  
necesaria mi influencia  
la interpondré.

CONDE. ¿Usted se ofrece  
á llevarla?

ROB. Si.

(El Conde entrega la carta á Roberto, el que la  
toma.)

CONDE. Mil gracias.

ROB. Hasta despues.

CONDE. Impaciente  
esperaré la respuesta.

ROB. La traeré.

CONDE. Próspera suerte.

## ESCENA VII.

ROBERTO, solo.

¡Pobre Conde! Él mismo pierde  
la ventura de Clemencia,  
y acaso hasta su existencia.  
El pasado le remuerde.  
Ya lo veo. ¡Hay Providencia!  
Ella en mi alma ha encerrado  
una vehemente pasion,  
y á vencerla me ha enseñado:  
ella, justa, me ha dotado  
de noble resignacion.  
Crean que amor en mí no cabe,  
(Llevándose la mano al corazon.)  
cuando un cariño profundo  
guardo aqui. El mundo qué sabe?  
Jamás descifrará el mundo

de mi corazon la clave.

### ESCENA VIII.

ROBERTO, ENRIQUETA con el envoltorio que sacó Clemencia en el acto segundo, que deja sobre una silla.

ENRIQ. ¡Roberto!

ROB. ¡Tú aqui, tú aqui!

ENRIQ. Por un instante he venido á volver ese vestido que nunca tomar debí. Como no lo vió mi madre...

ROB. ¿No has venido á nada mas?

ENRIQ. Roberto, quise ademas venir á ver á mi padre, y mi madre se oponia.

ROB. Y se opone con razon: teme de tu abnegacion un sacrificio que haria nula tu felicidad.

ENRIQ. Tú no sabes por lo visto... que yo... de querer desisto á Enrique.

ROB. Eso no es verdad.

ENRIQ. Si, mi lenguaje es sincero, friamente he contemplado mi posicion, y... he pensado... decirle... que no le quiero.

ROB. ¿Sabiendo que á Enrique adoras, que yo... te crea pretendes? ¡Pobre Enriqueta! Te vendes. ¡Por qué lloras! ¡por qué lloras!

ENRIQ. No, no...

ROB. Lo ocultas en vano. Habla con ingenuidad; dime toda la verdad.

ENRIQ. Recuerda que soy... tu hermano.

ENRIQ. Tan desigual casamiento venturosa no me haria... Enrique... me olvidaria.

ROB. Estás mintiendo.

ENRIQ. No miento.

ROB. Permíteme que te arguya,  
y haga tu idea ilusoria.  
Como has sabido tu historia,  
te resistes á ser suya  
por delicadeza.

ENRIQ. No.

ROB. Pues esa razon tan triste  
no existirá, si ahora existe,  
que de eso me encargo yo.  
Vé tú y habla con tu padre,  
al momento volveré  
y sé que aqui te hallaré.  
Tengo que hablar con tu madre.  
Hasta luego.

ENRIQ. Adios, Roberto.

ROB. (¡Tan bella y tan virtuosa!  
Tengo de hacerla dichosa.  
¡Corazon, valor y acierto!)

## ESCENA IX.

ENRIQUETA, sola.

Mi vida será un suplicio  
privada de su querer,  
pero cumplo mi deber;  
inmenso es el sacrificio.

## ESCENA X.

DICHA y CLEMENCIA.

CLEM. ¿Tú aqui! ¿Vienes á volverme  
la visita?

ENRIQ. ¡La visita!  
Soy mas noble, señorita.

CLEM. ¿Has venido á escarnecerme?

ENRIQ. Tome usted. (Señalando el lio.)

CLEM. Bien está ahí.

ENRIQ. Que usted me aborrezca siento:  
Venía con el intento

de darla consuelo.

CLEM. ¿Á mí?

ENRIQ. Si; yo sé que se mitiga  
si se divide el pesar.

Le puede usted mitigar  
en los brazos de una amiga.

CLEM. Mi dolor es tan profundo,  
que en mi alma ha echado raíces;  
hay penas tan infelices  
que nada alivia en el mundo.  
Hoy que con capa de nieve  
se cubren los corazones,  
hoy que el que siente pasiones  
á ostentarlas no se atreve,  
cubriéndolas con empeño,  
y el mundo las desatiende,  
pues nada grande hoy comprende  
porque hoy el mundo es pequeño;  
consuelo no he de esperar.  
Nadie á mi dolor sonríe,  
que á esta sociedad que ríe  
la dá risa ver llorar.

ENRIQ. En ella yo no he nacido;  
del monte en la soledad  
con dulce tranquilidad  
mi niñez ha transcurrido.  
Amor y delicadeza  
en mí se ha desarrollado,  
porque á mí me ha amamantado  
la madre naturaleza.

Con ella aprendí yo á amar  
como en el mundo se ignora,  
y á llorar con el que llora;  
porque también sé llorar.

CLEM. Vas á decirme al momento,  
ya que te expresas así,  
ya que te veo ante mí  
maestra en el sentimiento:  
¿qué filtro á beber has dado  
á Enrique que lo enloqueces?  
¿Qué magia es la que le ofreces  
que lo tienes encantado?

¿Qué imán le puede llevar  
fascinado y sonriendo  
tras de tí, como corriendo  
el río vá tras del mar?

ENRIQ. Yo no encuentro explicacion.  
Yo le he ofrecido cien veces,  
de niña, mis candideces,  
de mujer, mi corazón.  
Solo él turbó la quietud  
de mi alma, y ha despertado  
mi sentimiento impregnado  
de aroma de la virtud;  
y es tan tierno y tan fragante  
mi virginal sentimiento,  
que lo ha aspirado contento,  
que lo ha deseado amante.  
Por él me dió su albedrío,  
por creer, y en esto no yerra,  
que sobre la haz de la tierra  
no hay otro amor como el mío.

CLEM. Sarcasmo horrible, cruel.  
¿Ignoras lo que le quiero?  
Tú no sabes que me muero,  
y que me muero por él.  
Mi dolencia solo está  
en mi alma, y ella se queja.  
¡No es el cuerpo el que me deja,  
el alma es la que se vá!

ENRIQ. (¡Gran Dios!)

CLEM. Hablándote así,  
de mi amor no has de dudar;  
tú, que pretendes amar,  
tienes que aprender de mí.

ENRIQ. Escúcheme usted un momento,  
pero escúcheme con calma,  
que quiero abrirle mi alma,  
y abrirle mi pensamiento.  
Nacida en humilde cuna,  
huérfana y abandonada,  
me ví un día rodeada  
de halagos de la fortuna.  
Un hombre me brindó amparo



con riqueza y con ternura,  
queriendo mi noche oscura  
convertir en dia claro;  
y yo acepté su pasion  
amándole con delirio,  
pero causaba el martirio  
de otro amante corazon,  
y desistí de quererle,  
y renuncié á ser su esposa,  
negándome á ser dichosa:  
pues ya no quise deberle  
ni su generoso amparo,  
ni cariño, ni ternura,  
y quedé en mi noche oscura  
renunciando al dia claro.  
Y eso que un filtro le dí  
con el que aun le enloquezco,  
y tanta mágia le ofrezco  
que está encantado por mí.  
Y eso que vino á buscar  
mi imán que le vá atrayendo  
y vá tras de mí corriendo  
como el rio tras del mar.

CLEM. Calla, que oyéndote así  
pierdo el juicio, déjame,  
vete, sí, vete, porque  
no seré dueña de mí.  
No me lo nombres, me agravia  
ver en tí esa abnegacion  
y trastornan mi razon  
los celos. ¡Vete!

ENRIQ.

¡Ah!

CLEM.

(¡Oh rabia!)

## ESCENA XI.

DICHAS, el CONDE que ha oido lo último del diálogo.

CONDE. ¡Clemencia! Hija. (Á Enriqueta.)

ENRIQ. ¡Padre mio!

(Echándose en sus brazos.)

CLEM. ¡Su padre!

- CONDE. No es frase vana;  
porque Enriqueta es tu hermana.
- CLEM. ¡Ella, mi hermana!
- CONDE. Confío (Ap.)  
en que me perdonará.  
Sorpresa te habrá causado  
haber una hermana hallado,  
mas... tiempo de que hable es ya.  
Reclamo vuestra atencion.  
Hijas mias, escuchadme.  
Sois mis jueces, sentenciadme  
cuando oigais mi confesion.—  
Joven, opulento, ocioso  
vivía en la sociedad,  
con la inmensa libertad  
que dá el mundo al poderoso,  
cuando un dia conocí  
á una jóven hechicera  
y humilde. ¡Nunca la viera  
ya que por su mal la ví!  
La amé y me amó, y encontrados  
en diversas posiciones,  
juntamos dos corazones  
que nacieron separados.  
En la pobreza vivía  
ella, en la opulencia yo.  
¡Cuánto tu madre me amó!  
¡Mi madre!
- ENRIQ. ¡Pobre Maria!
- CONDE. ¡Su madre!
- CLEM. Yo vil y ciego,  
sin comprender todo el daño  
que hice, la dí el desengaño  
de arrebatarla el sosiego  
abandonándola; ingrato  
fuí esposo de otra mujer.  
Debil fuí al obedecer  
de mis padres el mandato,  
y Maria abandonada,  
al ver mi deslealtad,  
en horrible soledad  
quedó la pobre, entregada

á ese tormento sin nombre,  
al bochorno del cariño.  
Pájaro en manos de niño  
es la mujer para el hombre. (Pausa.)  
En soledad tan sombría  
naciste furtivamente,  
llevando impresa en la frente  
una mancha que es la mía.  
Mas pronto el puro arrebol  
de la inocencia obtendrás,  
y la frente ostentarás  
mas limpia que la del sol.  
Te lo juro, sin demora  
cuando yo te rehabilite  
y tu perdon solicite...

ENRIQ. ¡Mi perdon! tómale ahora  
en mis brazos. (Abrazándose.)

CONDE. Hija mia,  
este dichoso momento  
quita á mi remordimiento  
la hiel de que se nutria.—  
Clemencia, tú eres mi juez:  
ya que conoces mi falta,  
y el tormento que me asalta  
humillando mi altivez:  
ya que triste y suplicante  
mi pasado te confio  
y á la hija de mi extravio  
tienes humilde delante;  
ya que siempre te abandonas  
á generosas ideas  
y en ser noble te recreas,  
¿me perdonas?

ENRIQ. ¿Nos perdonas?

CLEM. De tan hermosa emocion  
sintiéndome estoy ufana:  
un abrazo... ¿eres mi hermana!

CONDE. ¡Hijas de mi corazon! (Las abraza.)

ENRIQ. No extrañeis que conmovida  
mi lengua á hablar no se preste,  
porque instantes como este  
no he disfrutado en mi vida.

Huérfana que al mundo sale  
sola en el mundo viví,  
hoy ya no, ya siento aquí  
lo que la familia vale.  
Y en este seno que ciño  
dejo, con fraterno lazo,  
mi amante por un abrazo,  
mi dicha por un cariño.

CLEM.

¡Hermana!

CONDE.

Viendo á las dos  
abrazadas, enmudece  
mi dolor, y me parece  
que me ha perdonado Dios.

## ESCENA XII.

DICHOS, ROBERTO.

ROB.

Enrique viene conmigo,  
en la antesala quedó  
hasta que usted le permita  
venir á esta habitacion;  
desea hablar con usted.

CONDE.

Tambien lo deseo yo.  
Hijas, dejadme un momento.

CLEM.

Ven conmigo.

ENRIQ.

Vámonos.

## ESCENA XIII.

EL CONDE, ROBERTO.

ROB.

Conde, he cumplido fielmente  
la agradable comision  
que llevé para Maria,  
y...

CONDE.

Roberto, ¿acepta ó no?

ROB.

Acepta, si.

CONDE.

Soy dichoso.

ROB.

Mas con una condicion.  
Entregará á usted su mano  
llevada por el amor  
á Enriqueta, porque quiere

ver su legitimacion,  
y que el mundo la respete,  
ya que es digna de este honor.  
Maria, vida comun...

CONDE. ¿Conmigo no quiere?

ROB. No:

quiere vivir separada  
y oscura como hasta hoy,  
de su trabajo, y reclama  
á su hijá.

CONDE. ¿Qué obcecacion!

Si ella se niega á pisar  
mi casa, Enriqueta no;  
y ha de vivir con su padre,  
con fausto y con esplendor,  
no en la miseria, en que quiere  
hundirla la obstinacion  
de su madre.

ROB. Aqui jamás

vendrá ella.

CONDE. Ese es un rigor  
incomprensible en Maria,  
no tiene en eso razon.

ROB. Enrique estará impaciente.

CONDE. Tambien impaciente estoy  
por hablarle. (Toca el timbre.)

ROB. ¿Hablo á Enriqueta  
de su legitimacion? (Sale Ramon.)

CONDE. Si, si. Que entre don Enrique.

ROB. ues, Conde, á enterarla voy. (Se vá.)

#### ESCENA XIV.

EL CONDE, ENRIQUE.

ENRIQUE. Conde.

CONDE. Adelante.

ENRIQUE. Maria

me refirió de Enriqueta  
toda la historia secreta  
que yo hasta hoy no sabia;  
y de su cariño ufano,

señor Conde, aqui he venido,  
entre alegre y sorprendido,  
á pedir á usted su mano.  
Su mano recibiré  
como á mi clase conviene  
con un nombre que no tiene  
y es fuerza que usted le dé.

CONDE. Mi apellido llevará  
mi hija, que lo sea quiero  
á la faz del mundo entero.  
La he reconocido ya.  
No es este un título vano,  
sino que en la ley reposa,  
Maria será mi esposa  
que ya ha aceptado mi mano;  
y será segun derecho  
legítima mi Enriqueta;  
su porvenir no me inquieta.  
¿Está usted ya satisfecho?

ENRIQUE. Mucho, Conde, mucho; soy  
feliz y ella lo será.

CONDE. Si usted satisfecho está,  
yo satisfecho no estoy.  
Si usted á reclamar se atreve  
un nombre para mi hija,  
no extrañe usted que le exija  
todo lo que usted me debe.

ENRIQUE. Yo...

CONDE. Usté en años anteriores  
se ha dirigido á Clemencia,  
y ha infiltrado en su existencia  
la sávia de sus amores.  
Es su delirio mayor  
la pasion que usted la inspira,  
y gozó de la mentira  
de este recíproco amor  
cuatro años constantemente  
que usted pasion le ha fingido,  
pasion que ha desvanecido  
huyendo traidoramente  
y clavándola un puñal  
en medio del corazon;

que un puñal es la pasión  
que abre su herida mortal.  
Es preciso que sucumba  
su existencia desgraciada;  
al dejarla abandonada,  
usted ha abierto su tumba.

ENRIQUE. ¿Yo, Conde?

CONDE. No he concluido.

La dá usted en esta ocasión  
la vida con su pasión  
y la muerte con su olvido,  
y no tan solo la olvida,  
sino que frívolo y vano  
quiere usted entregar su mano  
á otra hija mia querida.  
Brotó de su inconsecuencia  
este dolor que me asalta,  
que me recuerda mi falta  
y que asusta mi conciencia.

ENRIQUE. ¿Acaso soy yo culpable  
de su funesto extravío?

Si yo he errado, el yerro mio  
es mucho mas disculpable.

CONDE. Si yo inhumano he faltado,  
ya cuenta á Dios he rendido,  
y me creo redimido

porque mi falta he purgado.

Esto á usted no le disculpa  
de su yerro criminal.

En mi dolor paternal  
quiero examinar su culpa;  
porque mucho me atormenta,  
y acaso mi alma taladre:  
con el derecho de padre  
voy á pedirle á usted cuenta.

Mire usted la alternativa  
á la que usted me sujeta:  
si abandona usted á Enriqueta,  
hace que Clemencia viva;  
pero Enriqueta tendrá  
desventurada existencia.

Si abandona usted á Clemencia,



Clemencia no vivirá.  
Á ver si sale usted sano  
de este círculo de fuego,  
en donde arde mi sosiego,  
que usted encendió inhumano.  
¡Oh! sáqueme usted ileso  
de este fatal laberinto,  
en cuyo oscuro recinto  
mi amor de padre está preso.

ENRIQUE. Conde, yo...

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CLEMENCIA, ENRIQUETA y ROBERTO.

ENRIQ. No, Enrique, yo  
vengo aquí á romper con calma  
el doble lazo que el alma  
de mi padre aprisionó.  
Será feliz mi existencia  
sin tí, ya tengo familia,  
que Dios todo lo concilia:  
dále tu mano á Clemencia.

CLEM. Nunca, jamás.

ENRIQUE. (Ya perdida  
veo mi amante confianza.)

ROB. (Dios es grande. La esperanza  
(Como respondiendo á un pensamiento íntimo.)  
se abandona con la vida.)

ENRIQ. Pues bien, Enrique, óyeme.  
Tu conducta desleal  
te ha perdido, obraste mal,  
se ha resbalado tu pié,  
y caes, justa es tu caída:  
y aunque ella á caer provoca  
á una mujer que ama loca  
y á otra mujer que no olvida,  
resignacion nos dá Dios.  
Por tu conducta importuna  
no será tuya ninguna,  
y... te queremos las dos.

ENRIQUE. (Ap.) No olvidaré la leccion.

ROB. (¡No parece que en mí cuadro  
este gozo!)

CLEM. ¡Padre!

ENRIQ. ¡Padre!

CONDE. ¡Hijas de mi corazón!  
(Quedan abrazados formando grupo, y cae el telon.)

**FIN DEL DRAMA.**

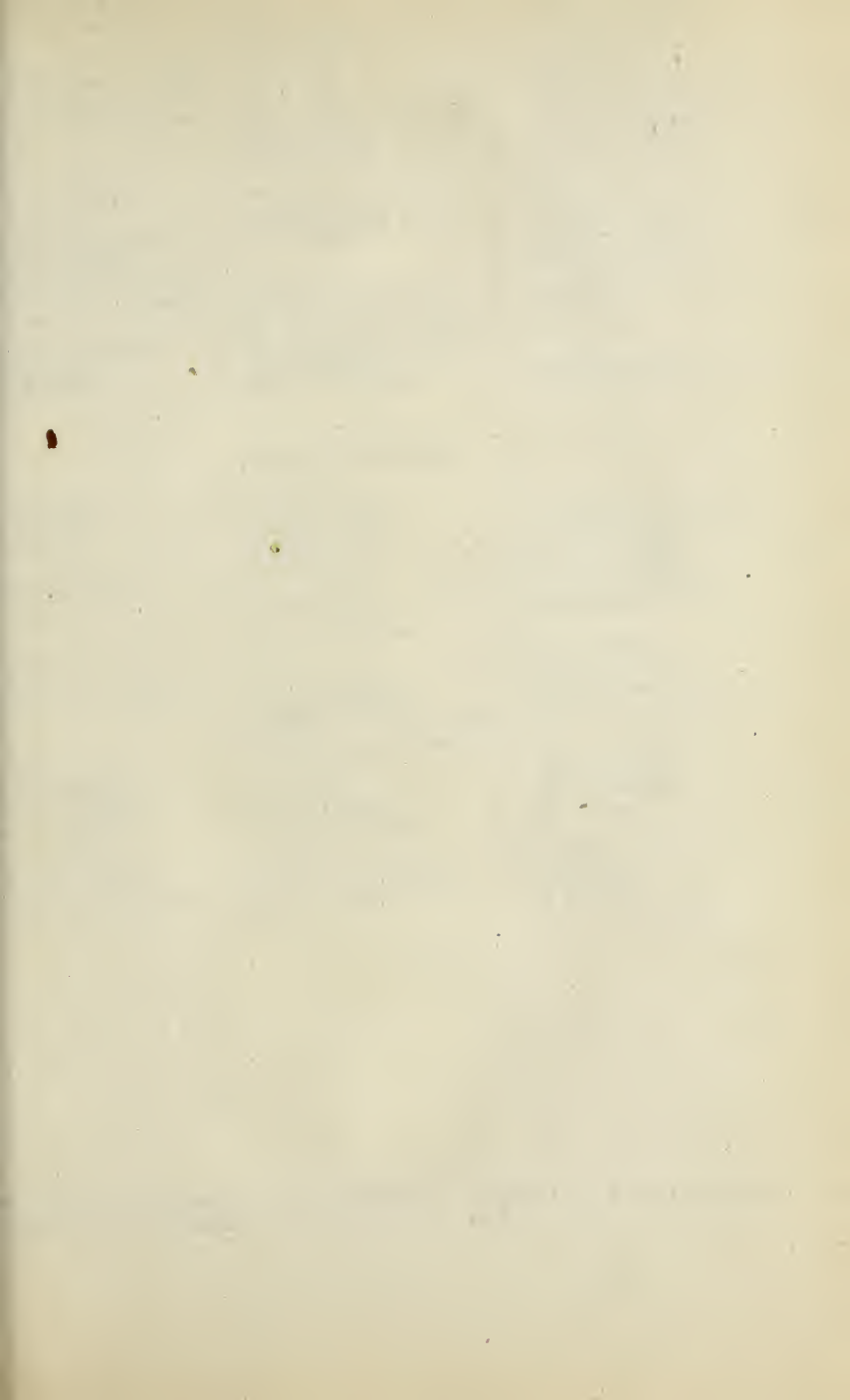
---

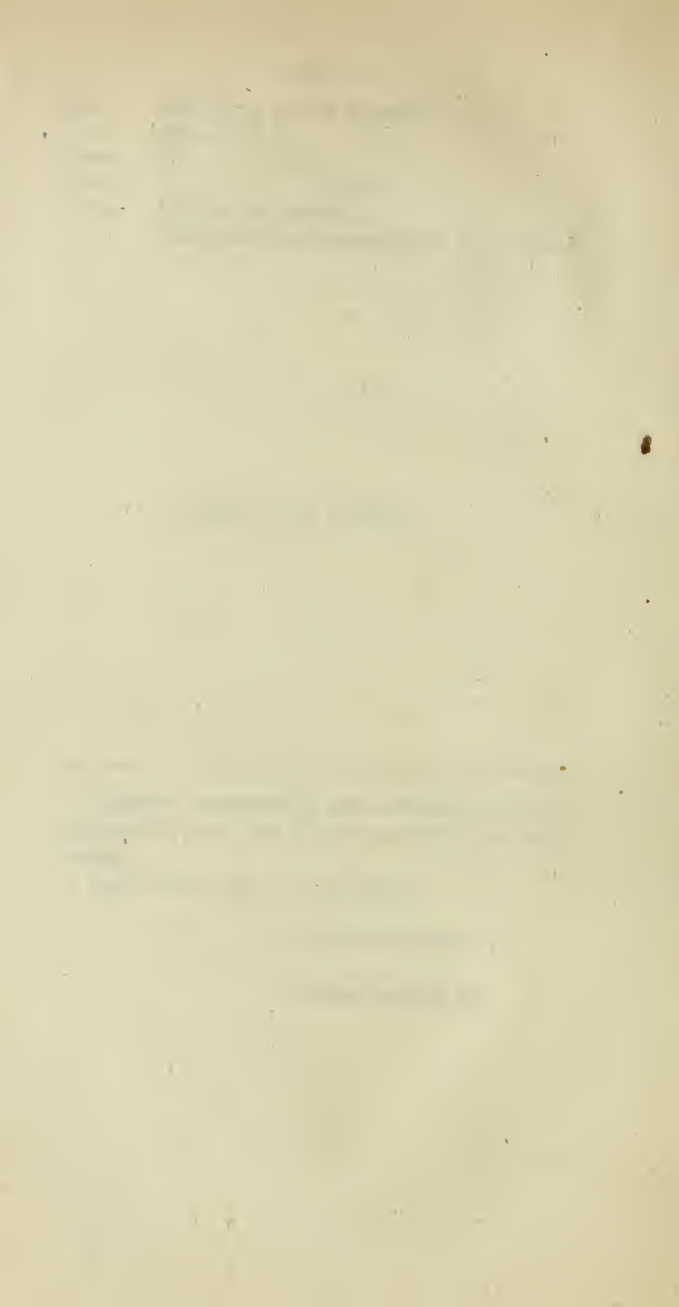
*Habiendo examinado este drama, no hallo  
inconveniente en que su representacion sea auto-  
rizada.*

*Madrid 26 de Febrero de 1863.*

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.





y María.  
d en 1818.  
dá vista de pájaro.  
sobre hojuelas.

y Blanco.  
no se entiende, ó un hom-  
timido.  
za contra nobleza.  
todo oro lo que reluce.

pla.

sito de enmienda.  
rá rio revuelto.  
ella y por él.  
heridas las de honor, ó el  
gravio del Cid.  
puerta del jardin.  
oso caballero es D. Dinero.  
los veniales.  
o y castigo, ó la conquis-  
de Ronda.

convido al Coronell...  
na mucho abarca.  
suerte la mia!  
én es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.  
Rival y amigo.

Su imagen.  
Se salvó el honor.  
Santo y peana.  
San Isidro (*Patron de Madrid.*)  
Sueños de amor y ambicion.  
Sin prueba plena  
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.  
Traidor, inconfeso y mártir.  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuración femenina.  
Un dómine como hay pocos.  
Un pollito en calzas prietas.  
Un hiesped del otro mundo.  
Una venganza leal.  
Una coincidencia alfabética.  
Una noche en blanco

Uno de tantos.  
Un marido en suerte.  
Una leccion reservada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocacion.  
Un retrato áquemaropa.  
¡Un Tiberio!  
Un lobo y una raposa.  
Una renta vitalicia.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una leccion de corte.  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un si y un no.  
Una lágrima y un beso.  
Una leccion de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.  
¡Un regicidal!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la  
Serrania de Ronda.

## ZARZUELAS.

lica y Medoro.  
as de buena ley.  
al mas feo.

eyina la Gitana.  
do y Marte.  
o y Flora.

isenando.  
i Mariquita.  
Crisanto, ó el Alcalde pro-  
dor.

schiller.  
octrino.  
asayo de una ópera.  
alesero y la maja.  
erro del hortelano.  
leuta y en Marruecos.  
on en la ratonera.  
ltimo mono.  
odos de carnaval.  
elirio (drama lirico.)  
ostillon de la Rioja (*Música*)  
izconde de Letorieres.

El mundo á escape.  
El capitán español.  
El corneta.  
El hombre feliz.  
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)  
Jacinto.

La litera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro  
omnibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música.*)  
Los dos flamantes.  
La modista.  
La colegiala.  
Los conspiradores.  
La espada de Bernardo.  
La hija de la Providencia.  
La roca negra.  
La estatua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Loco de amor y en la córte.  
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones  
de Edimburgo.  
La Jardinera (*Música*)  
La toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.  
La cruz de los Humeros.  
La Pastora de la Alcarria.  
Los herederos.

Mateo y Matea.  
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios  
quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.  
Por sorpresa.  
Por amor al prójimo.  
Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.  
Un rival del otro mundo.

# PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Guesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almería.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered.de Andrión.
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo.	Tejada.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.